TEATRO DEL PUEBLO

Publicación quincenal
dirigida por R. González Pacheco

"Compañeros"

Cuatro actos de

Rodolfo González Pacheco

N.° 1



EDICIONES «TIERRA Y LIBERTAD»
UNION, 19, ENTRESUELO
BARCELONA
1936

TEATRO DEL PUEBLO

Núm. 2

La Cruz de los Caminos

Drama en cuatro jornadas, por

JUSTINO ZAVALA MUÑIZ

▼

Núm. 3

La moral de Misia Paca

Comedia en tres actos

IMPRESOS COSTA Nueva de la Rambla, 45 - Tel. 18613 - BARCELONA

Personajes:

Susana
Misia Veva
Mecha
Carloncho
Eliseo
Cherniak
El Mirlo
El Maestro Herrador
El Linyera
La Madre
El Viejo
Una Mujer
Una Vieja
Una Joven

POSICION

Ningún arte más adentro del pueblo que el teatro. El poeta escénico es, de todos los artistas, el que necesita menos intelectualismo y más entrañas. Como la tierra y las madres, sus criaturas, son, o no son, sin que las salve o las pierda más que la vida que tengan o que les falte.

Y esto, que debiera ser un bien, es, sin embargo, un mal; porque, para la mayoría de los autores, decir pueblo es decir banalidad o simpleza; un estado de conciencia fronterizo de la idiotez sin remedio. Y es sobre esa convicción que fundamentan el teatro que se ve y lee en todas partes. Lo mejor de él, drama, comedia o sainete, gira siempre dentro de un círculo de tragedia, sin salida hacia la libertad o la justicia; hacia eso que es, precisamente, la realidad popular, tan teatral y rica de arte.

El autor no la ve así, salvo cuando, como a Lope en Fuente Ovejuna, *el propio pueblo le entrega su material militante, el tesoro de su vida épica. Pero, para una de éstas, recordad cien: Todas son pesimistas y fatales; un coro de llantos o de blasfemias ante un destino cerrado, que hay que aceptar o morir.*

Y la cosa marcha bien y les da dinero y gloria, en tanto el eterno esclavo no halla, él tampoco, salida a su esclavitud más que volcándose en lágrimas o en sarcasmos. Él mismo se mira en ello como en su más fiel pintura. Y la paga y la aplaude...

Hasta el día en que, aburrido o cansado, no puede

aguantarlos más y, no sólo a sus artistas, sino a sus legisladores, sus amos y sus sociólogos, los manda al diablo. Se yergue, da un paso al frente, uno solo, y cuanto hasta entonces fué, creyeron éstos que era su íntima imagen, no es más. El pueblo es otro, y la ley y el arte, la sociología y la fe, todo cuanto parecía tan evidente y profundo, se queda atrás o al margen, royéndole los zancajos.

Esto es lo que está pasando ahora con el teatro. El proletariado está en trance de superar la llamada civilización burguesa. Hasta donde su existencia es más trágica y oscura, la realidad popular es una gesta de luz; sus dolores son de parto. Y en España, por ejemplo, ya son de crecimiento. Se apodera de la tierra y de las máquinas; crea otro mundo, plantea otros problemas. ¿Dónde está la obra teatral que interprete la intensidad de esta vida que hoy vive el pueblo español, y que un poeta cabal debiera sentirla viva también hasta en el terrón y el hierro?... No la hay.

Pero, habrá. Y de eso se trata con esta publicación: de estimular el cariño a este arte, popular por excelencia; de ennoblecerlo a fuerza de hacerlo fiel con lo más noble y profundo que tiene el pueblo: su coraje y su esperanza. Publicaremos para esto cuanto bueno haya, mientras esperamos que lo mejor venga. Como esperamos los anarquistas todo: trabajando.

R. G. P.

Buenos Aires.

Primer Acto

Salita pretenciosa. Muebles viejos, pero con fundas, carpetas y moños nuevos. Alfombra chillona; araña con cintajos; sofá con un almohadón de relampagueante seda al que han querido pintarle un león que les ha salido un perro melenudo. Todo es un quiero y no puedo.

Al foro, un ventanal con visillos transparentes. Y más moños. Puertas laterales: una al interior, derecha, y otra al vestíbulo, izquierda.

La señora de la casa es maestra de escuela, jubilada y viuda. Se llama Genoveva — Misia Veva, para sus relaciones —. Tiene, o acusa, 50 años, que ella tiñe, lima y faja con el mismo entusiasmo e igual estilo con que «adorna» su sala. De acuerdo al nido es el pájaro. Y tiene una hija también, Susana, que ahora aparece sentada en el sofá, con un libro, que no lee, en las faldas. Su alma viaja en el día que, lentamente, se va. Pausa.

VEVA. (Por la derecha).— ¡Hijita! (*busca la llave y da luz*). ¿Qué vestido te has puesto? ¡Ah, el blanco! (1) ¡Qué divino! Estás divina!

SUSANA (*alarmada, tanto por la irrupción de su madre, como por la cursilería del término*). — ¡Mamá! (*pero, ante el respingo de ésta, sonríe, evasiva, caminando al ventanal*). Divino viene de divinidad; es Dios. Y yo y mis trapos venimos de la tierra: somos tierra.

VEVA (*se cae del burro, pero se endereza rápida, blandiendo el índice, en maestra*). — Oye niña: no hay que ser vanidosa, y menos, yo te lo he enseñado así, de las prendas exteriores. Pero la modestia, llevada, como tú, al extremo, es también un defecto; es también vanidad. ¿Comprendes?...

SUSANA (*habituada a estos sermones, mira la calle y contesta, sin volverse*). — Sí, mamá.

VEVA (*ya en su tarima*). — La virtud es un término medio. Ser virtuosa no es ser santa. Tú no aspiras a ser la esposa de Cristo, sino de Eliseo. Sin embargo, si yo no te vigilara, te presentarías a él con los harapos de entrecasa. (*Una pausa que, al prolongarse, alarma otra vez a*)

SUSANA (*que se vuelve*). — Así es, mamá.

VEVA (*terminante*). — Quedamos, entonces, en que una novia no ha de ponerse en un nicho para que la adore el novio. Pero, no ha de olvidar tampoco qué es para el hombre que ha elegido entre mil. Eso: ¡una novia!

SUSANA (*como si, terminada la clase, saliera al recreo*). — Claro, mamá. (*Y vuelve a mirar la calle.*)

VEVA (*añorante*). — ¡Mi hija de novia! (*suspira, o mejor, resuella, poniéndose en jarras*). Me parece que fué ayer, cuando yo, que era entonces como tú — ¡pero tan distinta a ti! — me arrodi-

(1) El color, al gusto de la intérprete.

llé ante mi madre para decirle: (*como, si en vez de arrodillada, lo dijera desde arriba de unos zancos*) Mamá, Roberto me ama y yo amo a Roberto...

SUSANA (*asombrada, yendo a ella*). — ¿Y usted pudo decirlo así, con ese tono, desde tan alto, mamita?...

VEVA (*le tiende un ala*). — ¡Criatura! ¿Olvidas que yo, a tus años, era maestra de escuela ya?... ¡Ah, sí! Dios supo bien lo que hacía; me armó joven para una lucha en que Él sabía que iba a quedar pronto sola. Huérfana y viuda. Él previó eso, y me hizo fuerte; limpió mi alma de toda sensiblería.

SUSANA (*desinteresada ya, piquetea con los dedos los cristales*). — Naturalmente, mamá.

VEVA (*ofendida*). — ¡Naturalmente, mamá! ¡Así es, mamá! (*Exagerando.*) ¡Claro, mamá! Y de cuanto yo te digo, de su profundo y aleccionador sentido, no atiendes una palabra. Como si lloviera.

SUSANA (*pillada en falta, va a ella*). — ¡Mamita!

VEVA (*severa*). — ¿En qué pensabas?...

SUSANA. — Y... en eso, mamá. Que usted es fuerte; muy enérgica. (*La acaricia.*)

VEVA (*arisca*). — ¡No, no! ¿Antes, antes?...

SUSANA. — ¿Antes?... (*hace memoria*). ¡Ah, sí! Que la ropa es lo de menos; lo que importa es la virtud. ¿No era eso que me decía?...

VEVA. — ¡No era eso! ¿Ves?... Así me atiendes. ¡Vamos! ¡Dilo! ¿En qué pensabas?...

SUSANA (*se retira, pudorosa*). — ¿Y si fuera un secreto?...

VEVA. — Para mí, tú no puedes, no debes tener secretos. Soy tu madre, niña. Y tu maestra.

SUSANA (*a la que, tras la fugaz confusión, se le aclara el rostro*). — En realidad, no pensaba. Se piensa con los hechos a la vista. Mientras se puede sentir lo que todavía no existe. Sentía, más bien.

VEVA. — ¡Bueno! Es lo mismo. Di lo que sentías, entonces.

SUSANA. — No. No es lo mismo. Por ejemplo: ante usted pienso como hija. Pero, cuando estoy sola, siento a mi nene.

VEVA (*ahora avanza sobre ella, alarmadísima*). — ¿Cómo?... ¿A qué nene?... ¡Muchacha! ¡Hijita!

SUSANA (*le sonríe*). — No se alarme, mamá. El nene que yo tendré cuando me case.

VEVA (*alza las manos*). — ¡Oh, tilinga! ¡Chiflada! (*se sienta a pasar el susto*).

SUSANA (*en pleno arrobo*). — Cuando usted entró yo acababa de retirarlo de mi seno. Sentía en todo mi ser su dulce glotonería. Estaba exhausta y doblada, como una rama bajo el pesor de su fruto. Estaba mirándole, sobre la boquita rosa, el rocío de mis savias, de las que él se había saciado hasta dormirse.

VEVA (*ha oído meneando la cabeza: se alza*). — ¡Niña, niña! ¿Sabes qué eres?... Una lora que dices malas palabras. (*Susana, de regreso de su ensueño, la mira inquieta.*) No te asustes; no voy a amonestarte. Reconozco mi parte en tu culpa. No vigilo bastante tus lecturas. Porque todo eso que has dicho es la flor de esos libracos que te da a leer tu novio.

SUSANA (*protesta*). — ¡No; mamá!

VEVA. — ¡Cómo que no! ¿De dónde, pues, sino de ellos, vas a sacar tú esas locuras?... ¿Y, sobre todo, esa audacia?...

SUSANA. — Y, de mi sangre, mamita. De mi corazón de madre.

VEVA. — Tú no eres madre. ¡Eres mi hija! Y la diferencia que hay entre esos estados no es de pensar a sentir, sino de saber a no saber. Tú no sabes. ¡Yo sé! (*En su tarima, blandiendo el índice*): Con esa teoría de tu invención podrías sentirte también maestra. ¿No te das cuenta que eso es ridículo?...

SUSANA (*vuelve a su banca, para el caso, el ventanal*). — Sí, sí, mamá (*pero suena el timbre de la calle y es para ella como la campana del recreo*). ¡Eliseo! (*y va a ir, izquierda*).

VEVA (*la para*). — Deja; voy yo. (*Y ya en la puerta*): Espero que no hablarás de esas sandeces tuyas con ese niño...

SUSANA. — ¡Oh, no, mamá! Esas sandeces son mi secreto. (*Veva la mira, severa, antes de irse; y ella la mira ir, sonriéndole, como si su madre fuera su hija. Y espera así*).

Pero, no es Eliseo. Tras una pequeña pausa, los que entran, conducidos por Misia Veva, *que les da paso y se va, son Mercedes y Carlos* — Mecha y Carloncho —. *Jóvenes, como ella, como ella novios y, como ella también, productos típicos de esa eterna clase media que es, en la escala social, el rellano en que descansa, aflojados sus resortes, la espiral de la especie. Fluye ella, la visitante, un fino arrebol de salud y alegría físicas. Y viste claros colores, coquetamente desaliñados, quizás por el viento, quizás para él. El porte de éste es también de excursionista dominguero. El cuello abierto, el cabello sin gomina y el rostro alegre de un joven serio;*

queremos decir de un joven que regresa de un convite de la vida sin el remordimiento ni de un trago de más ni de un beso de menos. Correcto.

SUSANA (*al verlos, se desencanta un poco*). — ¡Ustedes! ¿De dónde salen?...

MECHA (*locuaz*). — Y, del pic nic, querida. No quise pasar sin verte. (*Se besan.*)

SUSANA. — ¡Ah! Cierto que hoy había un pic nic. (*Se sientan.*)

CARLONCHO. — ¿Y Eliseo?...

SUSANA. — Creí, cuando ustedes llamaron, que fuera él.

MECHA. — Tu gozo al pozo, entonces (*riendo*).

SUSANA (*seria*). — Y tu suspicacia al aire. Porque a vos también te esperaba. Y con vos, a éste. Sabía que ibas a traerme un poco de ese temblor de copa de árbol feliz que tenés en las mejillas. Y de ese jueguito de olas de río que están cantando en tus ojos (*le acaricia el rostro*). Esto es mío; para mí.

MECHA (*consentida*). — ¡Ah! Me conocés bien. Mejor que yo a vos. Mejor que nosotros a ellos; ¿verdad, Carloncho?...

SUSANA (*inquisitiva, a los dos*). — ¿Y eso?...

CARLONCHO (*eludiendo la pregunta de ambas, alegre*). — Traigo una linda noticia para vos, Susana. El sauce aquel, bajo el que el año pasado tomamos mate, los recuerda siempre. Tu inicial y la de tu oso, que yo grabé entrelazadas en su corteza, han crecido, redondeándose como labios. Gritan sus nombres. Los llaman.

MECHA. — ¿Por qué no fueron?... No sólo allí, en todas partes nos preguntan por ustedes. Y yo, tu mejor amiga, ya no sé qué contestar. Y eso es muy triste; ¿verdad, Carloncho?...

SUSANA (*continúa en su interrogante mudo de una a otro*).

CARLONCHO (*se hace el que no oye, exagerando el valor de sus noticias*). — Hemos pasado un día realmente alegre. Aquello se civiliza, como si comprendiera que los domingos también el campo tiene que endomingarse. El río estaba mansito, como un petizo de alquiler. Y el saucedal, rastrillado como un jardín.

MECHA (*cada vez más en lo suyo*). — Sí: da mucha pena. Éste me lo venía diciendo...

CARLONCHO (*alarmado, la interrumpe*). — Cierto, sí. Yo le venía diciendo a ésta que es, sin duda, una gran pena que se le quite carácter a esos lugares; que se les tale su encanto agreste y salvaje. Pero un empresario tiene siempre más razón que un poeta. Él piensa que sería mayor pena que su clientela perdiera el carácter

o el encanto de gente civilizada. Porque, como también te decía, ¿te acuerdas?, u ordenamos la naturaleza, o la naturaleza nos desordena. Hundidos en la maraña, respirando agrias resinas, sintiendo bajo los pies un colchón resbalazizo de ramas y hojas, uno, por más correcto que sea, a lo mejor se resbala. (*Ríe a todo trapo.*) ¡Ja, ja, ja!

SUSANA (*ya en el juego de los dos, apenas puede contener la risa*).

MECHA (*en cambio, va acreciendo su fastidio*). — Yo no hablo de eso, Carloncho. Ni recuerdo que me lo hayas dicho. Hablo de lo que me decías, ahora mismo, aquí, al entrar!

CARLONCHO (*desesperado*). — ¿Yo... ¿Qué te decía yo, Mechita?... ¡Ah, sí, sí! (*Ríe otra vez; se para, bracea*): una patraña, un chiste alemán. Le decía a ésta que los domingos debieran ser los lunes. Se me ocurrió pensando que mañana tengo que ir a la oficina. (*Urgente*). Y, a propósito: ¿nos íbamos?...

MECHA (*en vez de aceptar la invitación, se achanta furiosa*). — ¡Tampoco es eso, Carloncho! ¡Tampoco!

SUSANA (*suelta la risa*). — ¡Pero, Carloncho! No hay que ser cruel con Mecha, ni conmigo farsante. Decí de una vez, por la paz de ella y en honor nuestro, de Eliseo y de mí, qué piensan de nosotros. ¿Qué hablan? ¿Por qué les damos pena?...

MECHA (*triunfal*). — ¡Ahí está! ¡Me gusta!

CARLONCHO (*embretado, pero aun a la defensiva*). — ¡Zas! ¡Ya estuvo! Lo que sentencian los árabes. Si a una mujer se le ocurre que te tirés por la ventana, rogá que la ventana no esté muy alta. Porque tendrás que tirarte. (*A Susana*): Conocías este proverbio?...

MECHA. — ¡No conoce nada! Ha de ser otra mentira como las que estás diciendo desde que entramos. (*A Susana, también*): La verdad es que los hemos alacraneado todo el día. No sólo al regreso: a la ida y allá. Bajo ese sauce, cuyas iniciales tan elocuentes, según éste, tampoco he visto, y aquí, en tu misma puerta. (*Se aniña, casi llora*). ¡Venía más triste!

CARLONCHO (*despechado*). — ¡Venías cantando!

MECHA. — ¡Venía de un pic nic! No iba a llorar. Como no se va a reír a un velorio.

CARLONCHO (*para el que esta razón es definitiva, alza los hombros, desentendiéndose, y va a mirar la calle*).

MECHA (*lo fusila por la espalda*). — Vos no querrás a Eliseo como yo a ésta; eso es todo. Sin embargo, muy bien que estamos

de acuerdo cuando hablamos de ellos dos. Se vuelven raros, huraños, decimos. Ya no sabemos si nos quieren o nos aguantan. (*Con un tono que, al final, se le empapa en llanto*). Los conocemos cada vez menos. De un año ahora, desde que son novios, es como si se hubieran tomado de la mano y se fueran de nosotras. Las horas, los días, los meses son un camino por el que ustedes se nos alejan. Un camino accidentado en el que, a veces, desaparecen y, a veces, les vemos; pero siempre más lejos, ¡siempre más lejos! (*Extrae un pañuelito y se cubre el rostro*). ¡Tengo una pena!

SUSANA (*conmovida, la acaricia*). — ¡Mecha querida! (*y después, al otro*). Vení, Carloncho; sentate con nosotras. (*Y, cuando éste, un poco corrido, pero no «abatatado», lo hace*): No sé cómo decirles... Más allá de nuestras cosas visibles y cotidianas, como pasear o adornarnos, hay una vida también, que yo no puedo explicar. Una reciente experiencia con mamá me ha dejado sin ganas (*sonríe*). Fué un fracaso. Menos mal que ella termina por explicárselo todo desde su vieja tarima. Pero a ustedes; a vos... ¿Cómo podría convencerte que soy el mismo terrón, quizás ahora florecido por el amor, pero al que, si lo besás (*la besa ella*) le hallarás siempre el mismo gusto fiel?... (*Ve a Eliseo que aparece por izquierda.*) ¡Ah, Eliseo! Te envía en mi ayuda un ángel (*va a él, cordialísima*). Pasá; sentate.

ELISEO. (*La misma edad de Carloncho, de 20 a 25 años. En nada distinto del muchacho común, a no ser que no ríe si no hay de qué reirse, ni habla si no hay de qué hablar. Parece lógico esto, normal; pero, como es lo contrario de lo que hace la gente, al rato de estar entre ella, serio y callado, empiezan a verlo raro, cohibido o humilde, cuando no caviloso o huraño. Y entonces, para aliviarle del susto que, suponen, le producen, o por darle el merecido «contramoquillo», por piedad o rencor, lo aislan. Así estuvo en su casa, entre sus hermanos; en la escuela, entre sus condiscípulos; y ahora, de mozo, así está también entre sus amigos. Solo. ¿Sufre su soledad o le agrada?... Supongamos lo segundo, puesto que la juventud va siempre a lo suyo y, hasta cuando llora, quiere eso y no otra cosa. No será feliz, quizás, porque la felicidad es un exceso burgués, como la riqueza; pero es como él desea ser. Sin duda que no esperaba hallar visitas, porque la sonrisa que traía, como un regalo para su novia, se le cae al ver a Mecha y Carloncho*). — ¡Hola! ¿Qué tal, Mecha?... (*y al otro*): ¿Cómo te va? (*y después de una pausa que empieza a pesar*): ¿De qué se trata?...

SUSANA. — De una ternura de éstos para nosotros. Celos de buenos amigos. (*Sonriendo.*) Dicen que nos alejamos de ellos.

MECHA (*excesiva siempre*). — Que ya no nos quieren más, decimos. ¡Que los perdemos!

CARLONCHO (*también siempre tan anfibio*). — ¡Eh! no tanto, no tanto! Yo, al menos, no pienso así. Un amigo no se pierde porque no vaya a un pic nic, ni a diez, con uno. No es la gramática. (*Transición, riendo, a Eliseo*): ¿Conocés el cuento?... La tonadillera que le escribía al periodista pidiéndole un bombo, y le ponía esta postdata: discúlpeme las faltas de ortografía, porque le escribo desde el campo.

MECHA (*indignada*). — ¡Carloncho! No le hagás caso, Eliseo. No lo oigas. Quiere orillar el asunto; restarle importancia. Mucho más que él sufro yo la violencia en que les colocamos, a vos sobre todo, viniendo a pedirles explicaciones.

CARLONCHO (*serio, sarcástico*). — ¿Ah, sí?... Sufres, pero insistes. Lo recibes en la punta de una espada, lo pones de espaldas a la pared y, entre lagrimitas y protestas, le exiges la bolsa o la vida. Que nada menos que eso es para éste pedirle que explique ciertas cosas; modos suyos de ser; hurañerías, ¡o qué sé yo!

SUSANA (*que por poco bate palmas, tan segura está que Eliseo va a aclararlo todo*). — ¿Te das cuenta vos hasta dónde han ido en sus figuraciones?...

ELISEO (*que hasta entonces ha permanecido grave y atento, como orientándose a través de lo que oía*). — Te equivocas, Mecha. Y vos también, Carloncho. Para mí no hay violencia en explicarme. No la hay ahora ni la hubo nunca. Lo que hubo siempre es que a mí nadie, nunca, me ha interrogado. Debe ser bien así, que cada uno se preocupe de lo suyo; pero te confieso que a mí me agrada mucho que ustedes me interroguen.

SUSANA. — ¡Bravo, Eliseo!

CARLONCHO (*evasivo*). — Si yo no te he interrogado acerca de tus desvíos de nosotros, es porque vos siempre fuiste, poco más o poco menos, lo mismo. No sé si arisco o humilde, o «batata» u orgulloso. No sé. Palabra. Pero así has sido. ¿Que ahora se agrava la cosa?... ¡Y bueno! Es como si te afeitaras cada vez menos hasta terminar con «chiva». Con alacranearte me daba por satisfecho; pero ésta, ya lo oís, no se conforma.

MECHA (*testaruda*). — Él habrá sido así siempre; pero ella no fué así nunca. Todos sus sentimientos, como los míos, eran nuestros, comunes. Desde las muñecas con que jugamos hasta las nietas

que hemos soñado tener, las acariciaríamos juntas. Nos habíamos jurado que no nos separaría nadie; ni ustedes. ¿Saben?... (*lagrimea, refugiada en Susana*).

CARLONCHO (*se para, violento*). — ¡Pero ahí la tenés! ¡No se ha muerto! ¡A qué esa tragedia ahora!...

MECHA. — ¡Sí; la tengo! ¡Pero ésta no es ella!

SUSANA (*ríe, acariciándola*).

ELISEO (*impasible, recapitula*). — Como te decía, Carloncho: para mí no hay violencia en explicarme. Podrá costarme un esfuerzo destacar de mi mente o mi entraña alguna idea o sentimiento muy hondo o muy abstracto; pero no me es violento ni enojoso. Me he hecho sobre ese trabajo.

SUSANA (*un poco a trasmano*). — Claro.

ELISEO. — Muchas veces paso días y noches, así, batallando con problemas cuya solución no veo, pero que siento que existe. Me rompo las uñas, desangro; envejezco. Hasta que la hallo. ¿Vos, no?...

CARLONCHO (*asustado sólo a la posibilidad de semejante «macana»*). — ¿Yo?... ¡Nunca!

ELISEO. — Peor para vos. Nunca sentirás tampoco la alegría de esos hallazgos. Es como volver con vida de entre los muertos. Amanece, uno. Renace. Salta a la calle, y al primero que encuentra, mujer u hombre, le daría un abrazo. ¡Hermano! ¡Hermano!

SUSANA (*lo mira, seria*).

CARLONCHO (*ríe con su mejor gana*). — Entonces, yo nunca te he visto en trance, como dicen los ocultistas. A mí nunca me abrazaste.

ELISEO. — Efectivamente: no. Y, ahí tenés. Esa es la llave que te abrirá la puerta a todas las explicaciones que de mí quieras. No te he abrazado nunca. Con saber el por qué de eso, lo sabés todo. Ya no es preciso que yo hable. Vamos, Susana. (*Medio mutis*).

SUSANA (*ante lo inesperado*). — ¡Oh, pero, no! ¡Eliseo!

CARLONCHO (*serio y rápido*). — ¿No es preciso? ¡Es preciso! Porque ahora sí que no te endiendo. ¿Por qué no me has abrazado?...

ELISEO (*se vuelve*). — Si es preciso, hablo. No te he abrazado, porque lo que yo quisiera abrazar en esos desconocidos es a la humanidad. Y en vos no abrazaría más que al amigo del café o del pic nic; de todas las diversiones: a Carloncho. En fin, para que definitivamente nos entendamos: lo que nos separa cada vez más

no es mi carácter ni el de Susana. (*La atención de ésta es angustiante ahora.*) Nuestros caracteres, que es lo único de nosotros que ustedes ven, no son nuestras vidas, sino sus reflejos. Como las jorobas no son los jorobados. Que nuestras gibas les sirvan para la piedad o la risa no quiere decir que ustedes sepan, o sospechen siquiera, el poema o el drama que nosotros vivimos. Esto es un secreto. Y el secreto de nuestro alejamiento de ustedes, también es esto.

CARLONCHO (*entre jaranero y resentido, mientras Mecha, que ya no llora, mira a Susana que, a su vez, mira al suelo*). — ¿Ah, con que era un secreto, entonces?... ¿Habían tenido un secreto?... ¿Qué sorpresa preparan al mundo?... ¿Un libro de versos?... ¿Un nuevo plan quinquenal?... ¿O algún asalto?... ¿Son pistoleros, che?... ¡Larguen! ¡Cuenten!

ELISEO (*sonríe a su novia*). — ¿Cuál es nuestro secreto, Susana?... ¿Te animas a decirlo?

SUSANA (*aventura, ya sin fuerzas*). — Ellos venían a pedirnos la razón de lo que creen un desvío de nosotros. Y vos hablás de otra cosa, Eliseo.

ELISEO (*vivamente*). — ¡Y sí, querida! Porque esa cosa contiene la razón de todos nuestros desvíos; no sólo de ellos; de todos los que no sientan nuestro secreto. (*Y, cuando ella vuelve la vista al suelo, sonriéndole otra vez*): ¿Y?... ¿Te animás a decirlo?... ¿Podrías?...

SUSANA (*sin levantar el rostro*). — No. No puedo.

ELISEO. — Ni yo tampoco. Porque es un secreto hasta para nosotros.

CARLONCHO. — ¿Hasta para ustedes?... ¡Maravilloso!

ELISEO. — No era nada maravilloso. El que tiene un encanto tiene un secreto. También se llama destino. ¿Sabe la madre si el ser al que da su sangre será feliz o desventurado?... ¿Podemos saber nosotros, Susana y yo, a qué abismo o qué cumbre nos llevará el pensamiento que hoy nos orienta?... Es un secreto. Lo que no es un secreto, lo que podemos decirles es esto sólo: todo lo que ustedes viven y llaman bueno, bello o verdadero, para nosotros es feo y malo; ¡una terrible mentira!

CARLONCHO. — ¿Mentira?... ¿Mentira, qué?... ¿La vida que ahora vivimos?... ¿La sociedad en que actuamos?... ¿Y quién no sabe que están mal; que podían ser mejores?... Habría que ser ciego o sordo. Te lo gritan en todas las bocacalles. En la izquierda, en

el centro, en la derecha. Los burgueses, los revolucionarios y los curas. ¡Me parece que te has caído de la luna, che! (*ríe*).

ELISEO (*asombrado*). — ¿Cómo?... ¿Vos lo sabías?... ¿Y vos también, Mecha?...

MECHA (*admirada de su asombro*). — ¡Y sí, Eliseo!

ELISEO (*a gritos*). — ¿Lo saben, y están aquí?... ¿Lo saben y son felices?... ¿No se agitan?... ¿No protestan?...

CARLONCHO (*fastidiado, en igual tono*). — ¡Y no gritamos tampoco, porque para nosotros todo eso es historia vieja!

ELISEO (*al final de la calle*). — ¡Eso es lo que nos separa! Que ustedes ven todo viejo, y nosotros todo nuevo. ¡Que el dolor de los hombres, la mentira en que viven, a nosotros nos duelen como si fuéramos los primeros que lo sufren! (*Se ensimisma un instante.*) Está bien. Muy bien. (*Después resuelto y urgente.*) Vamos, Susana. A nosotros nos esperan.

SUSANA (*resignada, acariciando al pasar el rostro de Mecha*). — Y, bueno. Vamos. (*Salen.*)

(*Carloncho alza los hombros; sonríe. Mecha lo mira; no comprende.*)

FINAL DEL PRIMER ACTO

Segundo Acto

El desván de la casa de Eliseo. Se llega a él por una escalera de hierro, cuyo rellano se ve cuando se abre la puerta del foro. Esta y la otra, de la derecha, que da a la azotea, son estrechas y bajas, de una hoja y sin cristales. Se pasa por ellas sorteando cachivaches; el desecho del moblaje de varias generaciones, revuelto, arrojado, que llega y se para, cojeando, a dos metros de una pequeña ventana con vidrios esmerilados, que hay a la izquierda. Bajo ésta, una mesa-escritorio que parece ser nueva, quizás por contraste con las demás cosas viejas. En ella, y alrededor, libros, revistas, carillas, y todo lo que es común en estos rincones en que se lee y se escribe. Ahí también hay desorden, pero con otro carácter; un desorden de pulso de sien o de red de músculo: activo, tenso, joven.

Sobre este escenario, apenas iluminado por la claridad lechosa que entra por la ventana, se levanta el telón, cuando aparecen, por el foro, los dos muchachos. Él, polémico. Ella, triste.

ELISEO (*mientras enciende una lámpara a petróleo que hay en el escritorio*). — Es inútil querer engañarse. Para ser amigos hay que ser compañeros; hay que tener en común alguna imagen que acariciar o alguna acción que llevar adelante. Entre Mecha y Carloncho y nosotros, ¿qué había?... ¡Nada!

SUSANA (*sentada en primer término, en un «chaise longue» harapiento*). — Todo nuestro pequeño pasado. Sentimientos y recuerdos, que no se pueden dejar como se deja la ropa cuando crecemos; alegremente.

ELISEO (*paseándose*). — No estoy alegre ni triste. Realizamos muchos actos de los que no sentimos, de inmediato al menos, ni el bien ni el mal que nos hacen. Este es, para mí, uno de esos.

SUSANA. — Peor todavía, Eliseo. Ni triste ni alegre. Indiferente, entonces.

ELISEO. — Tampoco. La indiferencia es el resultado negativo de un examen. Cero. Y yo, para esta ruptura, no he examinado nada. Se hizo sola, como una herida de adentro afuera. (*Se detiene, reflexivo.*) ¿No has observado que aquellas resoluciones en las que nos realizamos más cabalmente, son siempre en las que interviene menos nuestra premeditación?... Ese acto mío, me condene o me salve, me define. Es mi vida que declara (*sonríe*), quizá con un poco de énfasis, pero con sinceridad. Vivir es estar presente en una lucha o una obra; sin evasiones sentimentales, no ya al pasado, ni al futuro tampoco.

SUSANA (*con el alma*). — ¿Y el hijo?...

ELISEO (*como si le preguntaran por su bisabuelo*). — ¿El hijo?... ¿Qué hijo?...

SUSANA. — El mío. ¡El que tengamos nosotros!...

ELISEO (*ríe*). — En eso sí que no había pensado.

SUSANA (*condenada*). — Claro. Cómo habías de pensar. Es el futuro también; como yo soy tu pasado.

ELISEO (*recién comprende: se alarma*). — ¡Eh, no! ¿Qué estás diciendo?... ¡Vos sos mi amor!

SUSANA (*niega suspirando*). — El amor, para vos, no será nunca más que una nostalgia de tu instinto. Como sentarte cuando estás cansado, o cerrar los ojos para dormirte. De pie, despierto, serás de todos, menos mío.

ELISEO (*se echa atrás como ante un abismo*). — ¡Oh! Pero... estamos discutiendo, Susana. ¡Qué raro! Siempre creí que nosotros estábamos de acuerdo. (*Pausa; ella elude su mirada; él sonríe optimista.*) ¡Y estamos! Lo que pasa es que vos, sin darte cuenta, estás, ahora, colocada frente a mí en la misma posición que Mecha y Carloncho: ellos, como amigos; vos, como novia. Te olvidas que somos también compañeros; que tenemos en común un secreto. (*Se sienta con ella.*) ¿Qué es eso de que yo seré de todos menos tuyo?... Tuyo y mío son dos conceptos mezquinos. Nuestro amor no puede ser egoísmo, sino expansión. Una generosidad más de nuestros corazones. Lo tenemos, como esta lámpara (*la señala*) tiene petróleo y mecha para dar luz.

SUSANA. — Como esa lámpara que sólo enciendes para que los que piensan como vos, sepan que los esperas y suban. Igual tu amor. No estoy en tu claridad. Para vos no seré más que la sombra de tu cuerpo. Esa sombra que se recoge del suelo, al borde del lecho.

ELISEO (*Desesperado, en pie*). — ¡Ah, no, Susana! ¡Así no! Vos parece que gozaras en torturarte. ¿Por qué? ¿Qué he dicho yo que te haga creer que no te amo?

SUSANA. — No has dicho nada ni me torturo. Hago lo que vos has hecho: me realizo y me veo. Es también como una herida de adentro afuera por la que miro el más allá de mi vida. ¡Sola! (*Se alza.*) Pues, para vos, no sólo que no hay amigos; no hay tampoco esposa ni hijo. ¡Hay compañeros! (*Golpean al foro.*) ¿Ves...? Tu lámpara. ¡Tus compañeros! (*Los golpes se repiten y el no acude.*) ¡Abre! (*Mientras él lo hace, ella pasa a último término. Se sienta. Parece que se apagara.*)

CHERNIAK (*Aparece en la puerta. Es un ruso judío de 40 años. Intelectual proletario; una llama doliente y mordaz. Tiene una fina cabeza que, cuando está en silencio, yergue sobre un cuello débil, pero que, al hablar, inclina a un lado, como en la esgrima. Ancha frente, ojos aguileños, labios sensuales, nariz y mentón de su raza. Enjuto y manoteador, como una araña cazadora de moscas. Sus mutismos y sus pausas parecen cortinas bajadas sobre un taller en plena labor; trabajo adentro. Exprime el grotesco de las cosas, para otros, más serias; o viceversa; de las más risibles él saca dramas. Ahora, la graveda con que registra con la mirada la escena, hasta dar con Susana, en cuyo rostro descubre lo trágico, se le rompe en una risita fastidiosa*). — ¡Je, je, je! ¿Estorbo?

SUSANA. — Pase, Cherniak.

ELISEO. (*Que pasea, preocupado.*) — ¿Venís del mitin?

CHERNIAK. (*Sin avanzar.*) — Pregunto otro vez: ¿estorbo?...

ELISEO. (*Violento.*) — ¡Hombre! Se te ha dicho que pasés. Pasá.

CHERNIAK. (*Entrando.*) — No pregunto más, paso. Pero salvo mi conciencia. Sé que estorbo. (*Mira a los dos; comprende bien que estorba, y va a la mesa a huronear papeles. Se le ve la risita a través del cuerpo.*)

ELISEO. (*Grita.*) — ¡Cherniak!

CHERNIAK. (*Se vuelve rápido y serio.*) — ¿Qué?

ELISEO. — ¡No te alegrés tanto! ¡No estorbás!

CHERNIAK. (*Desilusionado.*) — ¿Que no estorbo?... ¡Oh! Esto sí que sería para echarse a llorar. (*Pero, los mira de nuevo, y vuelve a reir, manoteando.*) Muchachos, muchachos. Tengo 40 años, soy escritor, conozco diez idiomas, y sé lo que valen las palabras. A mí no se me engaña.

ELISEO. (*Dominándose, casi alegre.*) — ¡El buen judío! Se hace el problema, y quiere que los otros se lo resuelvan. Querés que te digamos que sí, estorbás, y no para irte, sino para justificar tu manía de perseguido. Para decirte a vos mismo: ¡Oh! ¡Qué injusticia! ¡Estorbo!

CHERNIACK. (*Lo toma también en broma.*) — No, buen cristiano. El buen judío no se plantea esos problemas. Esa manía que le achacan viene de un error de sumas. (*Ríe.*) Para mártires y perseguidos, cualquiera otra raza o secta más que la mía. La tuya, por ejemplo. (*Serio, ahora, inclinando la cabeza sobre un hombro.*) El buen judío es·otra cosa: es el que olfatea el dolor, como yo lo olfateé aquí antes que abrieras. El buen judío sabe que estorba, y se queda, porque quiere saber por qué se sufre.

ELISEO. (*Arisco, como si la pregunta lo manoseara.*) — La curiosidad por el sufrimiento ajeno debe tener también un límite: el del pudor de las víctimas. Traspasarlo puede ser un sacrilegio o una inconsciencia. Si sabés que sufrimos, y conocés diez idiomas, buscá en ellos la palabra discreción, que en todos ha de tener igual contenido: ¡silencio, respeto! (*Y le vuelve la espalda; va a sen-*

tarse tras su mesa, mientras Susana, atenta hasta ahora, echa la cara en las manos y se ensimisma. Pausa.)

CHERNIAK. (*No se conforma; manotea, desesperado, en la mitad de la escena; busca la coyuntura, y la encuentra.*) — No se puede respetar lo que se ignora. Sólo guarda silencio el que sabe... Y, a propósito, hay un pasaje en la vida de Cristo que, ese sí que enmudece de angustia. (*Exagerado.*) ¡Ah! ¡es terrible! Se sale de la leyenda, bandea la mística y cae, como un manotón, sobre la boca del grito. Duele y hace callar.

ELISEO. (*Presiente el golpe*) — ¡Cállate, entonces!

CHERNIAK. (*Entusiasta de su hallazgo, ya no le oye; se dirige a Susana, que le mira.*) — Es aquel en que, estando Jesús en plena prédica, alguien vino hasta él para anunciarle: tus hermanos y tu madre han llegado y quieren verte. ¡Pobrecitos! Querían amarle de cerca. Y no en su vida de dios, que ellos sentirían sin ver, como se siente el viento, sino en la otra, terrena, carnal, que se remece en los brazos, y se mira, y se besa. Y él respondió al emisario: ¿Quién es mi madre?... ¿Y quiénes son mis hermanos?... Y volviéndose al concurso: cualquiera que ame y sirva a Aquél que yo amo, es mi hermano y mi hermana y mi madre... Y continuó predicando. (*Ríe, camina, manotea, como si cazara en el aire las deducciones.*) ¡Je, je, je! Cristo habrá existido, o no. ¡Qué importa! Sería judío o ario. Es lo mismo. Pero, lo que yo aseguro, porque lo he oído mil veces, es que esa respuesta está, latente o agazapada, en la entraña de todo apóstol de algo. Por más sabio o más santo que sea. Se llame Tolstoi o se llame Einstein. Que la oculte o la amordace, taladrando sus huesos o a través de sus actos, llegará siempre un momento que salte y castigue el alma de aquélla que, amándole a él, no ame también lo que él ama. ¿Quién es mi esposa?... ¿Quién es mi novia?... ¡Cualquiera, menos vos, pobre mujer, que no amás mi apostolado! ¡Ah! ¡es terrible, terrible! ¡Y fatal, fatal! (*Y los espía, implacable.*)

SUSANA. (*Golpeada en el corazón, se alza y camina hacia la derecha.*)

ELISEO. (*Se alarma.*) — ¿Qué tenés?... ¿Dónde vas?...

SUSANA. — Nada; a la azotea. (*Y como él intenta seguirla.*) No sola. Sola.

CHERNIAK. (*Sinceramente afectado, casi llorando.*) — ¡Muchachos! ¿Qué tienen? ¿Les he hecho daño?... ¡Perdón! ¡Perdónenme! Yo sólo quería saber. ¡Saber, para sufrir con ustedes!

Susana sale. Eliseo mira a Cherniak, cuya espalda se retuerce y se humilla, tanto como en su pecho suben, en marejadas, los puñetazos. Pero se acuerda de ella, y va a asistirla, cuando, por la escalera, empieza a ascender un gran silbido. Es un silbido entusiasta y consciente. Su ejecutante se emplea a fondo en él; lo marcha también. Eliseo se detiene, y va a foro a abrir. Cherniak va a sentarse.

EL MIRLO. (*Entra silbando cualquier cosa: marcha o himno. Es un muchachón de 18 años, aprendiz de herrador, de cara, manos y ropa con tiznes y quemaduras de fragua. Trae un montón de volantes, de los que, siempre silbando, reparte a los dos. Después, echa los demás sobre la mesa y larga el trapo.*) — ¡El esquinazo! ¡Qué macanudo esquinazo le fajé al tira!

CHERNIAK. (*Malhumorado.*) — ¿A vos te llaman El Mirlo porque silbás siempre, o porque siempre andás tiznado?...

EL MIRLO. — Por las dos cosas, y por otra. Porque sé hacérmeles humo cuando me creen más seguro. Un humo que pianta y chifla. Como ahora. El otario estará oyéndome sin saber desde qué lugar lo cacho. Y mire que he repartido. ¡Uff! Un montón así. (*Ademán.*) Y el tira siempre atrás mío, con los ojos como puños, errándome cascotazos. ¡Aquí le dí el esquinazo! (*Va a foro y silba.*)

ELISEO. (*Va a salir, pero todavía se detiene a leer el volante; ya en la puerta, asombrado, se vuelve.*) — ¡Che, Mirlo! Pero, ¿qué repartís vos?... (*Va a ver los que hay en la mesa, y se sienta a reir.*)

CHERNIAK. (*Pasa la vista también por el que tiene y toma — ¡cómo no! — la cosa en drama.*) — El esquinazo te lo han dado a vos, ¡pobre infeliz! ¿Sabés lo que distribuyes?... Propaganda de una despensa. (*Lee.*) Yerba, o'40; arroz, o'25; azúcar...

EL MIRLO. — ¡No! (*Mira a Eliseo.*) ¿Sí?...

ELISEO. — ¿Quién te los dió?...

EL MIRLO. — ¡No me los dieron! Andaba uno en el mitin, repartiendo, y yo le pedí el barato. Este es mi juego, le dije, y se los saqué casi de prepo. ¡Tá que lo!... Pero, no. No puede ser. (*Va a ver los otros.*) Sería pa chiflar a gritos.

ELISEO. (*Se levanta para irse.*) — ¿Y qué les buscás ahora? ¿Crees que les vas a encontrar los artículos que anuncian?...

EL MIRLO. — ¡Y claro, que son burgueses! ¡Tienen números! ¡Tá que lo!... Miren si me dan la cana por repartir esta porquería. ¡Qué plancha! (*Lo estruja, lo tira, furioso; se sienta.*)

ELISEO. — Y bueno, Mirlo. Saltá a otra rama. Y seguí silbando. (*Y va a irse, alegre, pero.*)

CHERNIAK. (*Con lo que dice, lo detiene.*) — ¡No! Mejor sería que llorara. (*A El Mirlo.*) ¿Por qué no aprendés a leer?...

EL MIRLO. — ¡Ufa! No tengo tiempo.

CHERNIAK. — En el tiempo que has perdido en gambetearle a un pesquisa, yo podría haberte enseñado el abecedario.

EL MIRLO. — ¡Ufa! ¿Cuándo me divierto, entonces?... ¿Cuándo juego?... Yo trabajo desde los ocho años; ¡qué se cree!

CHERNIAK. (*A Eliseo, que mira a la azotea, como buscando una imagen que se le borra.*) — ¿Oyes?... ¡Esto es terrible, terrible!

ELISEO. (*Se vuelve.*) — ¿Qué?...

CHERNIAK. — Por trabajar, no fué a la escuela. Como no fué a la escuela, no tuvo vacaciones ni recreos; no pudo jugar. Y lo que no hizo de chico, lo hace ahora. Juega a revolucionario.

EL MIRLO. — ¡Ufa! ¡Cómo las enhebra, amigo! (*Y empieza a silbar, bajito.*)

ELISEO. — ¡Eh! No es para tanto, Cherniak. Le concedes demasiada importancia a un accidente...

CHERNIAK. (*Se levanta, manoteando.*) — Todo es accidental en la vida. Hasta el hecho de que vos no seas judío. (*Ríe.*) El accidente que vemos o que sufrimos, es el que determina esto o aquello que después somos. Como en el caso de éste. (*A El Mirlo.*) Vos nunca vas a ser un militante serio.

EL MIRLO. (*Salta.*) — ¡Ah, no! ¡Protesto! Yo he sido siempre un rebelde. Sino, que lo diga el Maestro. El sabe que yo, hasta cuando chiflo, es porque estoy estrilando.

CHERNIAK. (*A Eliseo, victorioso.*) — ¿Ves?... Estrila porque no juega. O, al revés, juega hasta cuando estrila. Chifla. ¡Es terrible, terrible!

EL MIRLO. (*Desesperado.*) — Pero, ¡amigo! Ya me está haciendo doler, usted. ¡Por favor! ¡Lárgueme!

ELISEO. — Yo te quería decir que todo no puede ser sabiduría entre nosotros...

CHERNIAK. — ¡Claro! Para ser sabio es preciso antes haber jugado mucho. (*A El Mirlo.*) ¿Vos nunca remontaste barriletes?...

EL MIRLO. — ¿Barriletes?... Yo no he remontao más que humo, por la chimenea de la herrería.

CHERNIAK. — Y a las bolitas, ¿jugaste?...

EL MIRLO. — Sí. Con los carbones: desde la tina a la fragua.

CHERNIAK. — ¿Y no tiraste piedras, tampoco?...

EL MIRLO. — ¡Martillazos, he tirao!

CHERNIAK. (*Terminante*). — Sos un monstruo. Sí; el que no jugó de chico es como un fruto que no pasó por su flor. ¡Monstruoso! Si hay dios no está en nuestros amores ni en nuestros odios; está en el juego de los niños. Es desde esa claridad que él nos acaricia a todos, Mirlo querido. (*Va a éste, como si fuera a llorar sobre su cabeza.*) Tu desventura tiene que ser tu bandera. Vos debés ir por el mundo gritando esto y sólo esto: ¡Yo no he jugado de chico! ¡Yo...!

EL MIRLO. — Yo me le pianto aura mismo. ¡Ufa! ¡Ufa! (*Y va a salir, disparado, pero al llegar a foro, topa a El Maestro Herrador y a El Linyera, que entran. Se resigna a quedarse y saludarlos.*) Qué tal, Maestro. (*Y al otro.*) Salú, amigo. (*Y va a sentarse por ahí, a respirar, libertado. En adelante, y siempre que no moleste, silbará en distintos tonos.*)

ELISEO. (*En cuya mente, la inhibición de Susana se ha hecho total, ahora, parece que entra con los que llegan; tan enfrascado se queda en lo que va a decirse, y en nada más. Sin memoria ni presentimientos.*) — ¡Hola! Pasen. Siéntense. (*Y va a sentarse él también, tras de su mesa.*)

EL LINYERA. (*No es el gaucho del caballo ni el ciudadano del tranvía; es el hombre de a pie. Este nuestro es un mozo de 30 años, ágil, sonriente, y de cuyos ojos vuela la curiosidad como un pájaro revoloteando sobre todo lo que ve, malo o bueno, hasta dar con lo mejor. Ahí se asienta y de ahí extrae sus imágenes alegres. Viste alpargatas, bombacha angosta, abotonada al tobillo, saco pueblero, pañuelo blanco al cuello y gacho negro; estas dos últimas prendas son flamantes. Entra, pero sin aceptar la invitación de sentarse, abarca de una mirada el desván. A Eliseo.*) — ¿Esta es su cueva?... ¡Caray! Está linda! (*Y pasando al escritorio a curiosear papeles.*) Como el hornero en el poste del telégrafo, usted ha hecho el nido en la punta de la casa, entre los hilos del viento.

CHERNIAK. (*Que se ha quedado braceando en el medio de la escena, los mira entrar; ve la actitud de vencido que trae El Maestro y, soslayando con un*) ¿Qué tal?... (*al otro, se lanza a éste.*) ¿Qué?... ¿No te dejaron hablar?... ¡Claro! Vos no sos un orador precisamente. (*Y ríe, maligno. El Mirlo, silba bajito.*)

EL LINYERA. — No es, no. El orador ve pa fuera, y Cristóbal ve pa dentro. Y aura ni siquiera ve. El pobre anda a los porrazos entre sus penas. Subió a la tribuna, sí; y yo, al verlo, me quedé como esperando un milagro. Pero no se hizo. Entre gritos y silbidos del público defraudado, lo bajé y lo traje.

CHERNIAK. (*Se le sienta al lado a El Maestro.*) — ¿Y qué querías decir?... ¿Por qué no pudiste?... Vos has hablado otras veces.

EL MAESTRO HERRADOR. (*Ni saludó ni contesta. Es un hastial de barbas y cabelleras alborotadas y espesas. Y lo que éstas dejan libre, frente, nariz, mofletes, son tres brasas que se apagan en los ojos. Los brazos arremangados a los costados del busto, como dos mazas a los costados del yunque. Jockey color de hierro, que casi no se distingue entre su pelambrera; camisa a rayas oscuras, de la que le salta el pecho, como un peñasco con musgo; pantalón con los ruedos harapientos; mandil y zapatones con chamuscaduras. Se arrastra como un lingote; cuando Cherniak lo interroga, ya está sentado. Mira a éste, y después a todos, hasta dar con el muchacho, al que dice, lentamente.*) — Mirlo: búscate otro oficio. No hay más trabajo en mi herrería. (*Y vuelve a mirar a todos, hasta que encuentra sus brazos cruzados como dos martillos sobre sus piernas. Y, mirándolos, se queda.*)

EL MIRLO. (*Que silbaba, grita.*) — ¡Ufa! ¡Lo que me faltaba! ¡Ya se me augó! Y en un dedalito de agua. ¡Pero, Maestro! ¿No le he dicho que yo le arreglo ese asunto? Ya mismo; ¿quiere?...

CHERNIAK. (*Subiendo en curiosidad.*) — ¿Qué asunto?... (*A El Maestro.*) ¿Pensás cerrar el taller?... ¿Por qué?...

EL MIRLO. — ¿Por qué?... Porque este hombre, que, por lo grande y fortacho, parece un frisón de cervecería, es en el fondo un potrillito de teta. Sin herraduras. Lo ha despeado el progreso. (*Y se larga a silbar.*)

ELISEO. (*Imperioso*) — ¡Cállate, pues! (*Se calla.*)

CHERNIAK. (*Cada vez más urgente.*) — ¿Así que cerrás no más? ¿Y de qué vas a vivir?... ¡Oh, esto es terrible, terrible! A ver; ¡contame!

EL LINYERA. (*Sonriente, siempre.*) — No va a contar. No puede.

CHERNIAK. — Pero, ¿es tan grande su pena?... Pues, por lo mismo, que hable. Necesitamos saber. Por otra parte, hablar es como llorar. Alivia. Contame a mí, Cristóbal. ¿Estás enfermo?... ¿Te han embargado?... ¿Te desalojan?... Pero, ¡habla, pues! (*El Maestro lo ha dicho todo; no hablará más.*)

EL LINYERA. — Es inútil que lo hostigue. No va a hablar; no sabe. No le digo que ya lo intentó en el mitin. Quiso contar a los hombres su desventura; pero no tiene palabras.

CHERNIAK. (*Deja a El Maestro por imposible, y se para, despechado.*) — Todo tiene palabras. Hasta para decir que no se tienen palabras, hay que tener palabras.

EL LINYERA. (*Lo mira, alegre y curioso.*) — ¡Ah, sí?... Pero las palabras de Cristóbal no eran como las nuestras, representaciones de pensamientos, sino golpes de sangre. Eran esos pedazos de fierro que él clavaba en los cascos de los caballos. Las herraduras. Golpeando en los adoquines y en el asfalto, él creía golpear en los corazones: ¡Tin, tan! ¡Arriba, humillados! ¡Tin, tan! ¡Paso a los trabajadores! ¿Eh, Cristóbal?... (*Cristóbal ni oye ni ve.*) El las oía repicar, antes que en las arterias de la ciudad, adentro de sus arterias. Repechaban por sus músculos, llameaban sobre su yunque, y, al clavarlas en las bestias, él sentía que les clavaba algo que no tenía palabras; que sólo así, a martillazos, podía expresarse... Y poco a poco, eso se le va callando; habla cada vez más bajo. Ya apenas lo oye. Es su vida que se calla. Atento a los cuatro rumbos, — ¿no lo ve? — siente que la caballada se va del mundo arreada por los motores. Y es como si las gomas de las ruedas de los autos retobaran sus martillos; como si los paragolpes de los camiones fueran cortando las patas de los caballos. A él le cortan la lengua. Por eso no habla. No puede. No sabe.

CHERNIAK. (*Ante el silencio de todos, suave y místico.*) — ¡El misterio del hombre!... He aquí un herrador que sufre, hasta no poder decirlo, porque ya no podrá más expresar su alma con palabras de hierro. Entonces, no es herrador sino poeta... (*Pausa.*)

EL MIRLO. (*Se para, al otro lado este asuntito.*) — Para todo eso yo tengo la solución, y ya se la he dado a El Maestro, pero no sé por qué no agarra viaje... Caballos hay para herrar. La policía tiene a montones. ¿Por qué no me deja a mí?... Yo voy al Departamento, donde me conocen todos y deben quererme mucho, a juzgar por las veces que me invitan a ir, y pido que nos manden la matungada. Total, Maestro: se las ponemos fallutas. Cuando nos atropellen va a ser una de costalazos y desparramadura de los botones, que ni los de su camisa, que ya no tiene ni uno. ¿Eh?... ¿Qué les parece?

TODOS. (*En distintos tonos, serios o riendo, le hacen callar.*) — ¡Oh! ¡Bah! ¡Cállate!

EL MIRLO. — ¡Ufa! ¿No ve?... ¡Si es para chiflar a gritos! (*Y se sienta, pero silba bajo.*)

(*Otra pausa. El Maestro sigue mirando sus puños. Eliseo a El Maestro. Cherniak al suelo.*)

EL LINYERA. (*Buscándole una salida a la general tristeza.*) — Linda su cueva. ¡Ahajá! (*Abancando el desván; y a Eliseo.*) Mas, para mi, le falta algo. Un fuego. Pero no de esos quietos y serios de los carbones, sino de esos alegres y bailarines que hacen las ramas.

(*Ría.*) ¿Qué sé yo? A mí me gusta el fuego. Un fueguito, entre una rueda de amigos, más si es de noche, es como una muchacha entre varios mozos. Colea, suspira, guiña los ojos y da una esperanza a todos. ¿Aquí no suben mujeres?...

ELISEO. (*Sonríe.*) — No, no suben.. (*Pero se acuerda, y grita.*) ¡Ah! ¡Susana! (*Y se precipita por la derecha; se le oye llamar.*) ¡Susana!

EL LINYERA. — ¡Oh! ¿A quién llama?...

CHERNIAK. — ¡Je, je, je! A su novia. La había olvidado en la azotea.

EL LINYERA. — Caray. Volemos, entonces. Porque del olvido de él, ella va a creer que la culpa es nuestra. Vamos, Cristóbal. (*Y como éste no se mueve*)

CHERNIAK. (*lo sacude y le urge.*) — Vamos. Yo te acompaño a tu casa. (*Apareándosele, mientras salen.*) ¡Lo que te pasa es terrible, querido, terrible!

(*El Linyera los sigue. Y cerrando la marcha, El Mirlo, que al fin puede cumplir su amenaza de «chiflar a gritos». Cuando no se oye más la silbada, por foro, La Madre y Misia Veva. Es aquélla una matrona opulenta de carnes y de todo. Puede venir lo mismo de una recepción que de un paseo a su finca. Señorea un dominio suave, pero inflexible. A su lado, la mamá de Susana se desmedra bastante; queda muy barata. Y esto resalta más cuando una y otra expresan sus sentimientos; serenos los de La Madre, desesperados los de Misia Veva.*)

LA MADRE. (*Entra adelante, como si viniera sola, sin preocuparse de la otra que, de acuerdo a sus textos de urbanidad, queda esperando que la hagan entrar.*) — Aquí no están. Ya ve.

VEVA. (*Agitada.*) — Señora... ¿Me permite?...

LA MADRE. — Ah, sí. Pase.

VEVA. (*Entra.*) — Deben estar, sin embargo. Mecha y Carloncho, que son también dos exdiscípulos míos, los vieron entrar aquí. (*Viendo a los muchachos.*) ¡Ah! ¡Ahí están! (*Se precipita a Susana.*) ¡Hijita mía querida! ¡Aquí está tu madre!

SUSANA. (*En la luna.*) — ¡Mamá! ¿Qué tiene?...

VEVA. (*La separa de sí y retrepa su tarima.*) — ¡Niña! ¿Qué hacía usted aquí, sola, con un hombre?...

VEVA. — Es Eliseo, mamá.

VEVA. — ¡Es un hombre!

SUSANA. — Sí; es un hombre; pero no en el sentido que usted le da a esa palabra; le da el sentido de un hecho. (*Se avergüenza de su madre.*) Bueno. Vamos a casa, mamita. Allá hablaremos. (*Medio mutis; a la Madre.*) Buenas noches, señora.

VEVA. — ¡Quieta ahí! (*Susana se detiene.*) Usted es la novia del hijo de esta señora. Es preciso que ella sepa qué clase de niña va a traer él a su familia. Diga, confiéselo todo: ¿Qué hacía usted aquí?... ¿Qué hacían los dos?

LA MADRE. (*Que hasta entonces sonreía a la seriedad de su hijo, sonríe ahora a «la energía» de Misia Veva.*) — Por mí, no, señora. Ya está bien. Llévese a su hija.

ELISEO. (*Avanza.*) — Ah, no, mamá; un momento. Este asunto, por trivial que sea, no se arregla despidiendo a ellas, como vos lo hacés, ni menos desesperándose usted, Misia Veva. ¿No te parece, Susana?... (*La Madre, lo mira alegremente; Susana se desentiende, alzando los hombros.*) Yo creo que es otra cosa, mucho más interesante, lo que hay que hacer; que ella (*por su novia*) y yo, definamos ante ustedes...

VEVA. (*Lo interrumpe, airada.*) — Para una maestra lo único interesante es la educación de sus discípulos. ¡Y para una madre la pureza de su hija! ¡Niña! ¡Conteste!

SUSANA. (*Casi llorando*) — ¡Basta, mamá!... ¡No!

VEVA. (*Implacable.*) — ¿No, qué?...

ELISEO. (*Violento.*) — Eso que usted nos recuerda: ¡no! Uno mi sinceridad a la de ella: ¡no! (*Serenado, después.*) Parece que para usted el amor sólo tiene sentido si se deshonra; pero, hasta ahora, estuvimos ocupados en deshonrar otras cosas, que tampoco tenían sentido para nosotros.

VEVA. — ¿Qué?... ¿Qué dices?...

ELISEO. — Digo que preocupados por situar nuestros espíritus, nos hemos olvidado de nuestros cuerpos. Somos como usted nos quiere: puros.

VEVA. (*Mira a una y otro, con ojos de maestra, físicos.*) — Les creo. Sí. Les creo. (*A la Madre, reverente y victoriosa.*) Señora: no tome en cuenta el galimatías de su hijo; ésta es lo mismo. Pero quede usted tranquila. Lo que nos inquietaba no ha sucedido. Y eso es lo principal. Yo sé. Yo los conozco. ¡Los he educado yo! Pasarlo bien. Y disculpe, ¿no?... (*Saliendo.*) ¡A casa, niña!

LA MADRE. (*Acompañándola hasta el rellano.*) — Buenas noches, señora.

ELISEO. (*A Susana, que las sigue.*) — Susana: insisto. ¿No te

parece que es el momento oportuno para definir ante tu madre y la mía...

SUSANA. (*Desde la puerta, suave y fatal.*) — ¿Como ante Mecha y Carloncho?... No, Eliseo. Para vos, definir es dejar este mundo y situarse en el tuyo.

ELISEO. — En la vida, como nosotros la comprendemos.

SUSANA. — Cuando decís *nosotros*, te referís a tus compañeros, no a mí. Yo no lo soy. No amo lo que vos amás. Tu secreto no es mi secreto, Eliseo. (*Sale.*)

ELISEO. (*Queda mirando a la puerta, como a una herida por la que se desangra; va a correr tras de su novia, a llamarla.*) — Su... (*Pero se contiene y se muerde los labios.*) Está bien, muy bien. (*Después de una pausa, a su madre, que, de vuelta del rellano, lo contempla, sonriéndole, desde tan alto, ¡tan alto!*) ¿Tenías algo que decirme, mamá?

LA MADRE. — Yo no. Fuiste vos que dijiste que tenías que definir no sé qué...

ELISEO. — Ah, sí. Mi vida. (*Pasea.*) ¿Te sientas, mamá?... Está limpio esto. (*Saca un pañuelo y sacude la «chaise longue».*) Sentate.

LA MADRE. — Aunque estuviera sucio, hijo. (*Se sienta.*) Aquí estás vos.

ELISEO. (*Iluminado de esperanza.*) — Gracias, mamá. (*Se sienta a su lado.*) ¡Gracias, Rosaura!

LA MADRE. (*Ríe, cordial.*) — ¿Por qué me nombras?... ¿No te basta llamarme mamá?...

ELISEO. — No. Como no le bastaba a papá llamarte esposa. Me gustaba tanto oirlo llamarte así: ¡Rosaura! Como si besara una rosa.

LA MADRE. (*Le acaricia los cabellos.*) — ¡Loquito! ¡Mi loquito!

ELISEO. (*Conmovido.*) — Hace tanto que no estamos juntos; solos. Desde que yo era chico. ¿Por qué no subes nunca? (*Le toma una mano.*)

LA MADRE. — He subido, hijo. Sólo que vos echas llave, y no oís aunque te llamen. ¡Tan distraído vives!

ELISEO. — ¿Has subido y llamado?... ¡Oh, mamita! ¡Perdóname! Mis cosas que me absorben. A un joven, como yo, se le plantean tantos problemas. Algunos tan hondos que parecen abismos. (*Se estremece al recuerdo de Susana.*) Pero tiene que aclarárselos a todos; él solo. ¿Verdad?...

LA MADRE. — Naturalmente. Yo te comprendo y te dejo. Hago más todavía. Te defiendo de los que te critican.

ELISEO. — ¿Me critican?... ¿Qué?...

LA MADRE. — Eso: tus distracciones. Porque vos te olvidás todo: quién sos, qué vales; deberes, derechos. Todo. ¡Loquito!

ELISEO. (*Alerta, soltándole la mano.*) — ¿Todo, qué?... Explícame, mamá. Porque a lo mejor, ese todo que yo olvido, no es que lo olvide, sino que no me interesa. ¿Qué hago yo que merezca la crítica y tu defensa?

LA MADRE. — Guerra, no, ¿eh? ¡Con Rosaura no se pelea!

ELISEO. — Decí, mamá. Te ruego. Y te prometo la paz. Después de todo quizá eso me ayude a definir ante vos lo que yo quería.

LA MADRE. — Bien, entonces. Te ayudo. Por ejemplo: cuando murió tu padre, apenas besaste su frente, te subiste aquí. No se te vió en el velorio ni en el entierro. Ni te pusiste luto. (*Y como él sonríe ante esa pequeñez, ella lo imita.*) Claro, estabas distraído... Cuando se casó tu hermana no concurriste a la ceremonia. Creo que no conoces a su esposo. Distraído... Cuando tu hermano mayor recibió su título no estuviste en el banquete que le dieron sus amigos ni en la fiesta de nuestra familia. Distraído... Cuando, yo, tu mamita Rosaura, quise este año, como todos, festejar tu natalicio, tuve que poner en la mesa tu retrato; vos no bajaste ni a darme un beso. Distraído...

ELISEO. (*Se para.*) — Vos me estás acusando, mamá. Eso no es lo que dijiste: comprenderme y dejarme. Tus distraído, distraído, son reproches, ¡reproches!

LA MADRE. — ¡No! ¡Loquito! Defino tu vida entre nosotros. Como la ven todos. Como la de un extraño a nuestras alegrías y nuestras penas.

ELISEO. (*Erguido ante ella, polémico.*) — La defines desde tu punto de vista, que no es el mío. La ves como ellos, o peor. No me defiendes; me compadeces. Tus loquito, loquito, como tus distraído, distraído, me deprimen, mamá.

LA MADRE. — Te castigaría por terco. Vení aquí, que te pego. Malísimo. (*Le sonríe.*)

ELISEO. (*Se serena.*) — Bueno. Te he prometido la paz. Siento, además, que en todo lo que me has dicho hay dolor también, desencanto... Lo que yo quisiera, ahora, es probarte que todas esas trivialidades de que me acusas tienen otra explicación que las que vos le das.

LA MADRE. — Yo no le doy ninguna. Cuanto a mi dolor por esas trivialidades, tiene que ser trivial. Eso me hace llorar. Ya ves. (*Le sonríe; pausa.*) No conozco a tus amigos; sólo sé que no son

los de tu clase. Por casualidad, cediendo a la desesperación de esa pobre madre, he sabido que también tienes novia. (*Grave.*) A propósito: en nombre de tus hermanas te agradezco tu conducta hacia esa niña.

ELISEO. (*Ya en plena desesperanza.*) — No hay nada que agradecerme, mamá. Como tampoco hay nada de qué acusarme. Esos dos sentimientos están de más para con los loquitos. A los loquitos, buenos o malos, se les aguanta.

LA MADRE. — Aquí no se te aguanta. ¡Se te quiere, hijo! ¿Por qué no?... ¿Sos un perverso, acaso?... ¿Sos un vicioso?... No. Sos distinto de nosotros... ¿Y qué?... En nuestra familia ha habido siempre alguno así, original. No te creas que sos el único. Ha habido santos y ateos, avaros y bohemios. Me he criado oyendo contar cosas. A eso se debe, tal vez, este mi dejarte hacer que a vos, en vez de tranquilizarte, te choca. ¿Qué más quieres?...

ELISEO. — Quería que discutiéramos. Quería (*ríe, entristecido*) una locura, mamá. Con la madre no se discute. Terminado, entonces. (*Planeando al otro lado de su fatalidad.*) Esto también ya está. Y, como todo lo de este día, está bien; ¡muy bien! (*La besa.*) ¿Tenés visitas?

LA MADRE. — Sí. Traje en el coche a las chicas de Gómez. (*Inquisitiva.*) ¿Sinceramente tranquilo?

ELISEO. — Sinceramente... loquito. Anda, mamá. Atendelas.

LA MADRE. (*Saliendo.*) — ¿Bajarás a cenar?

ELISEO. — No sé. A lo mejor, sí. Hasta luego, mamá. (*Solo, se sienta, resbala, cae, se abisma en una desolación sin fondo.*)

CHERNIAK. (*Por foro, sigiloso, olfateando.*) — ¡Je, je, je! (*Lo contempla piadoso. Eliseo lo oye y lo mira.*) Esa dama, ¿es tu madre?

ELISEO. (*Después de una pausa.*) — Sí, es mi madre.

CHERNIAK. (*Curiosísimo.*) — También ella, ¿verdad?

ELISEO. — ¿También ella, qué?... ¡Ah, sí! (*Y se yergue y estalla.*) También ella, y peor que todos, Cherniak. Porque para los otros soy estúpido o fanático, mientras para ella no soy más que un pobre loco; el loquito de su casa. ¿Comprendés?... Ya estoy solo. Ni amigos, ni novia, ni madre. Nada. ¡Solito!

CHERNIAK. (*Apenado.*) — Tenías que pasar por esto. Yo lo sabía. ¡Ah, es terrible, terrible! ¡Y fatal, fatal!

ELISEO. (*Con más tristeza que rabia.*) — ¡Ah, lo sabías?... Y por eso volviste?... ¿A olfatear mi dolor?... ¿A verme sufrir?...

CHERNIAK. (*majestuoso y clarineando la fe inmortal de su raza.*) — ¡Sí! A ver sufrir a un niño que alumbra a un militante. A abrazar un espíritu. (*Lo abraza.*) ¡A llorar de alegría! ¡A cantar de dolor! ¡Hosanna! ¡Hosanna, humillados y ofendidos! ¡Otro más de pie en su angustia! ¡Compañero de los hombres; compañerito! (*Lo larga, camina, asume su actitud característica: la cabeza sobre el hombro.*) Y ahora, otra cosa muy importante. ¡Oh, sí, importantísima! (*Aleccionador, didáctico.*) El revolucionario no sólo es revolución. Es, sobre todo, esperanza. Y sólo esperan los fuertes, los saludables. Hay que cuidar la salud, como el filo de un hacha. Cuando estés preso, aunque te digan que al otro día te ahorcan, no abandonés tu cuerpo; hacé hasta el último, todas las mañanas, ejercicios físicos. Hay muchos, pero estos son los más eficaces. Mírame: aspiras así (*aspira él*) y con el pecho lleno de aire, los brazos adelante y los talones juntos: uno, dos, tres, cuatro. (*El telón va cayendo sobre la sonrisa triste de Eliseo y las flexiones grotescas del judío.*) Uno, dos, tres, cuatro...

FINAL DEL SEGUNDO ACTO

Tercer Acto

Sótano sobre la calle, con un tragaluz al foro, a ras de la vereda; escalones con baranda en el ángulo derecho. Lateral izquierda, una abertura sin puerta, como una cueva adentro de otra; es donde duerme el conserje de este local de reuniones que ahora aparece desierto. Del techo, blanco, bajo y con arcadas, pende una bombilla eléctrica que amarillea diseñando apenas el moblaje compuesto de bancos y taburetes caídos y entreverados, una biblioteca y una mesa larga bajo la claraboya del fondo; sobre ésta la somera escribanía de estos recintos, que no son de estar ni de recibir, sino de planear e irse.

Al levantarse el telón hay todavía muchos pedazos de sombra por los rincones. Es el alba. Poco a poco, va iluminándose todo con la claridad sin ganas de un amanecer de invierno. Por el tragaluz de foro pasan algunos pies rápidos de mujeres y de hombres: zapatos y alpargatas. Se oyen vocear los primeros diarios: ¡Prensa! ¡Nación! ¡Mundo! Después, silencio. Y en seguida, en la boca de su cueva, arropándose, friolero y carraspeante, el conserje.

Éste es un viejo que puede ser cualquier cosa — atorrante, falsificador o poeta — menos lacayo. Su desaliño canta a la libertad de su espíritu, más que a la miseria de su vida. Su traje, que fué negro y ahora es verde, sus botines de paño y su camisa de cuello vuelto y arrugado, pero limpio, contrastan con el fino sobretodo que trae echado a la espalda como una capa. Es nuevo; como sus ojos alegres, sus movimientos vivaces, su cabellera de plata recién limada. No, no es un sirviente; pero un señor, tampoco. Le falta empaque, tiesura, eso que, a algunos ancianos, les hace aparecer venerables y severos, pero que no es, en el fondo, más que una suerte de reumatismo de su moral y su pensamiento. Ríe fácil, se enoja pronto, pero se centra en seguida como si se retrepara en sí mismo. Y se queda amable y tolerante. Es un hombre de ida y vuelta; un veterano de cualquier causa, físicamente impedido de entreverarse en las luchas, pero que sigue a su ejército y acampa bajo sus carpas todas las vísperas. Sale, dijimos, tose, se arropa y, sorteando el revoltijo del escenario, trepa los escalones del fondo. Se le oye llamar a gritos: ¡Che! ¡Diarero! ¡Diarero! (y regresa de inmediato, pero esta vez seguido por una)

MUJER DEL PUEBLO. (*Que vocifera tras él, mientras baja. Trae un rebozo chillón y una cara de furia. Su registro vocal es alto, agrio, iracundo.*) — ¡No me lo niegue! Ha pasado aquí la noche. ¿Dónde ha ido ahora? (*Y va adentro, se pone en jarras y contempla el local.*) ¡Linda cueva de bandidos! (*Ve la luz y, cediendo a sus instintos de economía, busca la llave y la apaga.*)

EL VIEJO. (*En tanto, ha bajado sin oírla, limpiando con su pañuelo los lentes, que se cala, mientras se ubica tras de la mesa a leer el diario adquirido.*) — ¡Ah, ah, ah! (*Se restrega las manos.*) Paro general, completo. Derechas e izquierdas ganan la calle. ¡Va lindo el fuego!

MUJER. (*Avanza hasta ponérsele mesa por medio.*) — Le pregunto... (*Pero, antes de preguntar, ve cerca de ella un taburete caído, sobre el que se precipita y pone de pie en un rincón; después, retoma su furia.*) Le pregunto, ¿dónde está mi marido?... (*Y como el viejo la mira como si recién la viera, le mete la cara en los ojos.*) ¿Qué?... ¿No me oye?... ¡Mi marido!...

EL VIEJO. (*Calmo.*) — ¿Por qué gritas así?... Te oigo. No soy sordo.

MUJER. (*A la que realmente estorba el desbarajuste del escenario, hablará de aquí en adelante como poseída por dos urgencias: la de su hombre y la del orden. Vocifera, mientras para y lleva asientos a laterales.*) — ¿Por qué no contesta, entonces? Ve a una pobre mujer desesperada en busca de su marido, y se hace el sonso. Es idio... (*No termina, porque él se yergue indignado y la amedrenta; no obstante lo cual, le grita.*) ¡Conteste! ¡Conteste!

EL VIEJO. (*relampagueando ira.*) — No te contesto porque estoy haciendo tiempo para que tu marido se te vaya todavía más lejos. Donde no lo encuentres más. ¡Al infierno! ¡Y terminamos! (*Marcándole con el índice la salida.*) En la calle, y no aquí, están haciendo falta furias de tu calaña.

MUJER. (*No ha oído, o ha oído primero otra voz; retirados del centro los bancos, se queda mirando hacia los rincones.*)

EL VIEJO. (*Desarmado, la espía curioso por sobre de sus anteojos.*) — Pero, ¿qué buscas ahora?... ¿Qué miras?...

MUJER. (*Siempre enojada.*) — ¡La escoba, busco. ¿No hay siquiera escoba aquí?... Mire esto: (*por el suelo*) puchos, salivazos, mugre, sobre un piso tan lindo que debiera brillar como un sol. Ah, cochinos, co... (*y oye la otra voz*). No; no me voy. Y si me fuera sería para volver con la policía. ¿Qué se cree?... Yo sé bien que estuvo aquí, junto con otros idiotas; que esta es la cueva de todos los revoltosos del barrio, y que usted es el cabecilla. ¡Sí, usted, usted! Los ha mandado a matarse, mientras usted se queda leyendo el diario. ¡Capitán Araña!

EL VIEJO. (*Suelta la risa.*) — ¡Bueno, mujer! Está bueno ya; hagamos las paces; ¿quieres?... (*Y como ella se fastidia y va a gritar.*) ¡Calma! ¿No te das cuenta que hoy es un amanecer, que otra luz besa la tierra, que va a empezar un día nuevo?...

MUJER. (*Interpretándolo en física.*) — Me lo va a decir a mí que me he pasado la noche revolviéndome furiosa por culpa de ese bandido.

EL VIEJO. (*Riendo.*) — Capitán Araña... Me has hecho reir. ¡No, no, no! Un gato viejo, más vale, que ronronea al rescoldo de un incendio al que también ha arrimado alguna leña. (*Grave, orgulloso.*) Porque has de saber, muchacha, que hace cincuenta años que yo vivo en una perpetua víspera, en una sola vigilia. ¿Qué es tu noche, de anoche, comparada con la mía de medio siglo?... Pensando siempre: mañana, mañana será la cosa. Golpes, prisiones, destierros y, lo más terrible, la soledad; soledad, no de estar solo, que te hace fuerte, sino de la otra: la de esperar sólo vos lo que nadie espera. ¿Y qué?... Ya ves: todo ha sido como un túnel bajo la roca y el fango; pero ya está. Mañana, mañana es hoy; porque esta vez no me falla. Aproxímate, escuchá. Vamos a seguir leyendo. (*Y se retrepa en la silla, se cala los lentes, lee.*)

MUJER. (*Defraudada en su atención.*) — ¡Qué leyendo ni leyendo! Mi marido quiero yo! ¿Dónde mandó a mi marido?...

EL VIEJO. (*Restregándose las manos.*) — ¡Ah, ah, ah! Un manifiesto revolucionario y un bando del gobierno. Los primeros tiroteos...

MUJER. — ¡Eh, basta ya! (*Le arrebata el diario, que tira al suelo.*) ¿Qué me importa a mí de usted ni lo que ahí dice?... (*Y ante la ira del viejo que se levanta golpeando con el puño la mesa, se asusta y desespera.*) ¡Pero es que usted no comprende, señor! ¡No me comprende! Soy una pobre mujer que no quiere que le maten a su marido!

EL VIEJO. (*Se quita los anteojos y vibra, conteniéndose.*) — ¡Ah, ah, ah! Sos una pobre mujer que me toma a mí por una dama de «La Cruz Roja» o un médico de la «Asistencia». Tan ciega o tan simple, que no ve que está frente a un militante. ¡Bah!... (*Imperioso.*) ¡Salga de aquí! ¡Váyase!

MUJER. (*Vacila, llora.*) — ¡Dios mío! ¿Qué hago yo entonces? ¿Adónde voy?...

EL VIEJO. (*Se dulcifica, recapitula.*) — Cuanto a comprender, comprendo todo yo. Comprendo que hasta te debo las gracias.

MUJER. (*Con la actitud más, que con la voz.*) — ¿A mí?... ¿De qué, señor?...

EL VIEJO. (*Cada vez más tierno.*) — Claro. Me has hecho comprender que todavía no soy tan viejo para echarme a llorar con los que lloran, mientras los hombres pelean.

MUJER. (*Aterrada.*) — ¡Ah, pelean! ¡Me lo van a matar!

EL VIEJO. (*Sale de atrás de la mesa, la toma de un brazo y la examina.*) — ¿Quién sos vos? ¿Una mujer del pueblo? Tu facha es de eso, sí. No precisás cantarlo. La primera hembra humana que apareció en la tierra, cuando todo era bestialidad y peligro, sentiría la misma angustia que vos ahora, cuando su macho iba de caza: ¿traerá comida? ¿Me lo matarán las fieras? Sí que hemos progresado, ¿eh? (*Paternal.*) Bueno. No llorés. (*En farsa.*) Dejo mi línea de fuego para asistirte. Pero, despachate rápido. ¿Quién es, cómo es tu marido?...

MUJER. — ¡Juan, señor! El carpintero Juan.

EL VIEJO. (*Un poco impaciente, de vuelta de su ternura.*) — ¡No, no, no! Aquí no vienen oficios ni nombres. Aquí vienen militantes. ¿Cómo es?...

MUJER. — Y... es alto, morocho, la nariz...

EL VIEJO. — Tampoco vienen figuras. ¿Cómo es él mismo? ¿Carácter, ideas, modos?...

MUJER. — ¡Ah, sí, sí! Es... bueno, señor; pacífico; un poco haragán, pero en el fondo...

EL VIEJO. (*Escamoteándole la imagen y mostrándole otra.*) — Pero, en el fondo, activo y resuelto; un temerario. Un tipo que quiere él solo arreglar el mundo. Lo conozco. (*Victorioso.*) ¡Lo conozco!

MUJER. (*Rectifica, apresurada.*) — ¡No, no, señor, no! El mío es un alma de dios.

EL VIEJO. — Una vida dada al diablo. Te digo que lo conozco. ¡Es Juan Gutiérrez!

MUJER. (*Asombrada.*) — ¿Pero, cómo va a ser ese, si él es todo lo contrario?

EL VIEJO. — ¡Pues, por eso! Porque nadie es en su casa lo que es afuera. (*Enojado.*) Gato bajo la mesa, tigre en la calle. ¡Clavado! O al revés. Ustedes no saben nunca qué tienen entre sus brazos, sobre sus corazones. ¡Son todas unas!...

MUJER. (*Llora, ahora, resueltamente.*) — ¡Ay! ¡Me lo van a matar! ¡Ya lo habrán muerto! (*Recomponiéndose, heroica.*) Pero, al menos, que yo sepa dónde ha caído, para cerrarle los ojos. ¡Por favor! ¿Dónde? ¿Dónde?

EL VIEJO. (*Dándose cuenta que ha ido muy lejos.*) — ¿Pero, qué?... ¿Dónde qué?... Yo no estoy muy seguro que sea ese tampoco. No ha de ser. Te nombré el único de que sé el nombre porque siempre me llamó la atención su actividad enérgica. ¿Un apocado, decís; un infeliz?... No, no. Aquí no viene esa clase de gente. A tu hombre no lo conozco.

MUJER. — ¡Sí, viene, sí! ¡Es ese; es ese! (*Clama, sin lágrimas; cae en un banco, mira al suelo, como se viera el cadáver de su hombre.*)

Pausa. Por la escalera desciende, apoyándose en la baranda y asistida por una joven, una vieja. La mujer no las oye.

EL VIEJO. (*No las ve; con el diario en la mano, vuelve atrás de la mesa, reflexionando.*) — Estas mujeres... Primero no nos dan luz; pero luego parece que estuvieran entre nosotros para una sola cosa: para cerrarnos los ojos... ¡Bah! (*Se restrega las manos como si las calentara en una fogata, mientras lee titulares.*) Se decreta el estado de sitio y se llama a las reservas. Va lindo, va lindo el fuego! (*Y se enfrasca en la lectura.*)

LA VIEJA. (*Viste de viejos lutos, ya verdosos de tanto llevarlos, como sus dolores, que son, también por eso, por desteñidos, más tristes. Es chiquita, arrugada, tembleque. Un ratoncito. Al llegar al piso, alza la cara y dice a su acompañante.*) — ¿No estorbaremos aquí, hija?... ¿Qué le parece?...

MUJER. (*La oye, se para, la espera.*)

EL VIEJO. (*También se para, pero no para recibirlas, sino para darle suelta a las emociones que lo encalabrinan.*) — ¡Ah, ah, ah!

LA JOVEN. (*Es linda, viste bien, pero no trae sombrero. Es una empleada de tienda. Trapos y carne adentro, es otra cosa: un desencanto; una hermosa fruta amarga. Su juventud y belleza hacen que su amargura choque más que la angustia de las otras.*) — Al menos, dejarán que usted se siente y descanse. (*A la mujer.*) Con permiso. (*Lleva a sentar a la Vieja.*)

MUJER. — ¿Qué hay en la calle?... ¿Pelean?... Yo vine aquí en busca de mi marido. ¿Y ustedes?...

EL VIEJO. — ¡Ah, pasquinazo! (*Tirando el diario.*) Conque calma, ¿eh?... ¿Serenidad y confianza en el gobierno?... ¡Ya te vamos a arreglar también a vos! (*Y, como si fuera a «arreglarlo», sale, ágil, escalones arriba.*)

LA VIEJA. (*Al oír a El Viejo, se estremece y quiere levantarse.*)

LA JOVEN. (*Sentándola.*) — Descanse, pobre señora. No es con nosotras. (*A la Mujer.*) La hallé en el Once, buscando a su hijo. He recorrido con ella esos barrios heroicos, que dicen. (*Sarcástica.*) Por ella y por ver. ¡No hay nada!

MUJER. — ¿Nada?... ¿Usted cree que no habrá nada? Pero los diarios anuncian...

LA JOVEN. — Sí. Y las charlas de la gente. Novelería; miedo. Mi tienda, anoche, parecía un corral de gallinas que han visto un gavilán. Todos salieron para esconderse; hasta los gallos. Todos. Y lo que ha pasado allí ha pasado en todas partes. Pero no hay nada.

MUJER. — ¡Ah, señorita! ¡Usted me trae la vida! ¿Qué hago aquí, entonces?... A lo mejor, Juan ya está en casa. Me voy. (*Y va a salir, pero*)

EL VIEJO. (*Que baja, la detiene, enérgico.*) — ¡No! ¡Ahora, no! ¡No salgan! (*Y se pasea nervioso.*) ¡Ah, ah, ah! Nadie, ni un alma; ni siquiera el varita de la esquina. (*Va a la mesa, tira el sobretodo y, cuidando que las mujeres no lo vean, abre el cajón y se echa algo al bolsillo; puede ser una bomba o un revólver.*) Ya está el hacha en el aire! (*Y atiende, anhelante, lo que sólo él sabe.*)

LA VIEJA. (*Se para, e intenta ir a El Viejo.*) — ¡Señor! ¡Señor!

MUJER. — ¡Dios mío!

LA JOVEN. (*Convencida, a La Vieja.*) — No haga caso, señora. No hay nada. Su hijo estará como todos: con miedo, pero a salvo.

LA VIEJA. (*Se ha erguido.*) — ¡Mi hijo, señor! ¡Mi hijo!

MUJER. — ¡Mi marido!

EL VIEJO. (*Se enoja, gesticula, pero habla misteriosamente.*) — ¡Chist! ¡Silencio! ¿A qué han venido aquí, ustedes?... ¡En

vez de estar ahí gimiendo, ya que no tienen valor de acompañar a sus hombres, se hubieran quedado en casa!

LA JOVEN. — Yo no gimo, señor. Estoy aquí porque afuera no hay nada. ¡Y no habrá nada!

EL VIEJO. (*Como ante una blasfemia.*) — ¿Qué?... ¿Qué dice?... (*Pero se contiene.*) Bueno, muchacha; bien. Pero hay un punto en el tiempo en que el que espera y el que no espera deben sentir lo mismo: que están de más las palabras. ¡Guarde silencio!

LA VIEJA. (*Se deshace de la Joven.*) — ¡No, señor, no! Yo tengo que decirle... (*Avanza a él.*)

MUJER. — ¡Mi marido! (*Cae en el banco.*)

EL VIEJO. (*A la Joven.*) — ¡Haga callar a esas! (*Y medio mutis.*)

LA JOVEN. (*A la Vieja.*) — No hay nada, señora. ¡Siéntese! ¡No habrá nada!

LA VIEJA. — ¡Habrá ¡Habrá! Lo dice él, y con la misma voz y el mismo gesto, fatales, de hace veinte años. (*Soltándose de la joven, enfrenta al Viejo.*) ¿No me conoce?... ¡Yo soy la mujer de Méndez! ¡De Santiago Méndez!

EL VIEJO. (*Con un pie en el escalón, vacila, atento a la calle y a ella.*) — ¿Méndez?... No recuerdo.

LA VIEJA. (*Horrorizada.*) — ¡Oh, señor! ¡No diga eso! ¡Es un insulto a su muerte; un sacrilegio! ¡Era su camarada más leal; murió a su lado, un día como éste!

EL VIEJO. (*Hace visibles esfuerzos por recordar.*) — ¿A mi lado; un día como éste?... (*Quiere irse, pero baja.*) ¡Y no recuerdo! (*Ante el gesto de la Vieja, también él se desespera.*) Sí, pobre amiga, comprendo; es monstruoso; pero yo no sé mentir. Yo no tengo pasado. Mi vida no tiene memoria. Vivir es no acordarse.

MUJER. (*Clama.*) — ¿Qué culpa tenemos nosotras?...

LA JOVEN. (*Mira a los viejos, transformado su sarcasmo en serio interés.*)

LA VIEJA. — ¡Yo recuerdo! ¡Yo recuerdo! Usted ha comido en mi mesa; ha dormido bajo mi techo; ha hecho jugar en sus rodillas a mi hijo; a ese hijo mío que ahora, también como el padre, va a caer, me lo van a matar. (*Y cae arrodillada.*)

EL VIEJO. (*La mira, se apoya en algo, envejece.*) — ¿Méndez?... El hijo de Méndez... ¿Y si éste cae, el hijo de éste o de otro?... ¡Ah, tragedia! ¡Viejo diente clavado en el corazón del pueblo! ¡Pero no! (*Vibrante.*) ¡Hoy te arrancamos, dolor! ¡Hoy es la definitiva! (*A la Joven.*) Eh, usted, la que no espera: atienda, al menos, a esta pobre señora. (*Y trepa a saltos los escalones, diciendo antes de desaparecer*): ¡Quedamos en que de aquí no se mueve nadie!

MUJER. — ¿Qué culpa tenemos nosotras?...

LA JOVEN. (*Airadamente.*) — ¡Yo no he quedado en nada! (*Y va a la Vieja, la alza y la lleva a sentarse, más que piadosa, curiosa.*) ¿Usted cree, entonces, que puede haber algo?... Que los hombres sean capaces...

LA VIEJA. — ¡Hija mía! Usted no los conoce. ¡Son terribles! ¡Fatales! ¡Viven para eso; yo no los he visto nunca más que en eso!

LA JOVEN. — ¿En qué?... ¿No los ha visto más que en qué?...

LA VIEJA. — En esto de hoy. En la sorda preparación de la guerra o en el umbral de la muerte. Yo estoy acobardada, hija; ¡acobardada! (*Llora.*)

MUJER. (*Más bajo, pero más profundamente, como si fuera su entraña que grita.*) — ¿Qué culpa tenemos nosotras?...

LA JOVEN. — Acobardada de no verlos nunca conformes, tranquilos, felices, ¿no es eso?...

LA VIEJA. — ¡Siempre fuera de sí!

LA JOVEN. — ¡Fuera de sí! ¿Más allá del trabajo y del ocio; de la alegría y de la pena?... ¿En otra vida que ésta nuestra, tolerante y laboriosa?... (*La Vieja asiente llorando; ella se exalta cada vez más.*) ¿Hombres para quienes vivir no es ser ricos o pobres, malos o buenos?... ¿Más allá de eso, verdad?...

LA VIEJA. — Más allá de eso, y de los que a su lado lloran o mueren. ¡Más allá hasta de ellos mismos y de sus propios recuerdos! (*Aludiendo al Viejo.*) ¿No lo oyó usted?...

MUJER. — ¿Qué culpa tenemos nosotras?...

LA JOVEN. (*Viéndolos.*) — Pero, a los que, a pesar de todo, amamos siempre; desde más allá también de nuestra propia incomprensión y desdicha. Cien vidas que tuviéramos las volveríamos a echar en el fuego de las de ellos. ¡Nos queman, nos acobardan, pero sentimos que sólo ellos pueden darnos valor y curarnos!

LA VIEJA. — ¡Así es; así es! Usted los conoce bien.

LA JOVEN. (*A pico, desde su tono ensoñado a la realidad rabiosa.*) — ¡No! Yo conozco a los otros: a los de mi tienda, a los de la calle, a los de mis bailes. Estoy lo mismo que usted, pero en el otro extremo: acobardada de conocerlos; acobardada de despreciarlos. Por eso sueño que puedan existir otros: Los que usted llora, capaces de realizar lo que ese pobre viejo espera...

LA VIEJA. (*Protesta.*) — ¡Hija! Yo lloro la realidad de mi vida. Lo que he vivido. ¡Lo que ahora vivo!

MUJER. — ¿Qué culpa tenemos nosotras?...

LA JOVEN. (*Vuelta del todo a su ser descreído y amargo.*) — Leyendo «Los siete ahorcados» yo tuve la certidumbre que, al escribir ese relato, Andreiev debió morir siete veces. La sinceridad de esas siete angustias no pudo fluir más que de siete agonías sinceras... Yo no niego que usted sufra o haya sufrido; yo sé que hay una literatura que no se escribe, pero que puede darnos obras de emoción maestras.

LA VIEJA. — ¿Literatura?... ¿Mi vida?...

LA JOVEN. — ¡Sí! Y la de ese ingenuo anciano. ¡Literatura! Desesperada literatura que echamos fuera, como Andreiev, por no ahorcarnos; para seguir viviendo. Y por piedad a los hombres que no hacen nada para ser mejores. (*Y viendo bajar a El Viejo.*) Nada, ¿verdad?...

EL VIEJO. (*Pesado, envejecido aún más, ya sin misterio en el gesto, aunque todavía con la voz urgente.*) — ¿Tiene hora, usted?... ¡Por favor! (*Las dos mujeres callan y escuchan.*)

LA JOVEN. (*Mirando el reloj de su pulsera.*) — Las siete.

EL VIEJO. — Las siete, y nada... Ya debiera estar la fábrica de la vuelta en poder de los nuestros. Yo vengo de ahí. No hay nada. (*Mira a su alrededor y escucha, pero sin ver ni esperar.*) Todo está como ayer. (*La Vieja, de pie, junta las manos y va a gritar de alegría; la Mujer va a lanzarse escaleras arriba.*) ¡Quieta! ¡Silencio!

LA JOVEN. (*Se le aproxima.*) — Con que yo tenía razón: nada, ¿eh?... ¿No hay hombres capaces de nada?... (*Y con la rabia de un desencanto extraño en quien decía no esperar nada, le grita*): ¿Y para esto, para nada, nos ha hecho todo este teatro?... ¿Sabe lo que es usted?... ¡Un operador de películas yanquis!

EL VIEJO. (*Manoteando los últimos restos de su fe y su energía.*) — ¡Chist! ¡No grite! Quién sabe si todavía... (*Entre la risa de ella.*) El que no se pelee aquí no quiere decir que en otras partes... (*Lejanos; al principio apagados, pero cada vez más nítidos hasta ir llenando el ámbito de la escena y de Buenos Aires, empiezan a ulular los pitos de todas las fábricas. Y por si le quedara alguna esperanza, como hojas secas, empujados por ese huracán sonoro, llegan Cherniak y Eliseo. Los ve, sin interrogarles. ¿Para qué?... Busca donde sentarse. Es un globito pinchado.*)

LA JOVEN. (*Le pega el tiro de gracia.*) — ¿Oye?... ¿Siente?... El beso final. Todo termina bien. El hijo a la madre; el esposo a la esposa; y yo a mi tienda. (*Y tomando del brazo a las dos mujeres.*) Vamos, señoras. ¡No hay nada!

LA VIEJA. (*Agil, vuelta una chica.*) — ¡Hijo! ¡Hijito mío!

MUJER. — ¡Nada! ¡Bendito sea Dios!

Pausa larga, hasta que el último pito enmudece. Cherniak manotea. Eliseo, desmejorado de ropa y de físico, ha ido a sentarse a la derecha.

EL VIEJO. (*Temblando de frío y de fiebre, tantea el sobretodo y se lo echa a la espalda.*) — ¿Y qué pasó?...

CHERNIAK. (*Con su actitud peculiar, la cabeza sobre el hombro.*) — ¡Je, je, je! Revolucioncitas a plazo fijo... Cuando uno sabe un asunto debe esperar que puedan también saberlo los enemigos. Sabíamos que a tal hora, en determinado sitio, debía arder el primer foco; era la señal para movernos. Y bien; lo supieron ellos y lo apagaron. ¡Apenas unos tiritos y todo se fué a la nada!

EL VIEJO. (*Se mece el rostro.*) — ¡Nada otra vez! Nada!

ELISEO. (*Intentando reaccionar.*) — Y bueno...

CHERNIAK. (*Relampagueando el sarcasmo.*) — ¿Qué?... No! Ni bueno ni malo. ¡Nada! ¡Je, je, je! Así oscilan nuestras cosas: de extremo a extremo. O destapamos la vida, haciendo a un lado hasta los adoquines. O la vida nos destapa a nosotros con su furioso despecho. Nos quería. No supimos poseerla. Nos desprecia. ¡Ah, es terible, terrible!

ELISEO. — ¿Dónde nos reuniremos mañana?...

CHERNIAK. (*Con asombro cruel.*) — ¿Eh?... ¡Je, je, je! ¿Reunirnos?... (*Manotea, gesticula, camina.*) ¡Je, je, je! También nosotros vivimos de extremo a extremo. ¿No te das cuenta?... O todo o nada. O, como desde hace un año, entre millares de hombres, tantos, que no se podían contar; o, como ahora, solos, tan solos que siendo tres, ya estamos sobrando dos. (*Pausa; los mira.*) ¡Je, je, je! Bueno: me voy. Dame un abrazo. (*A Eliseo.*)

ELISEO. (*Alza los hombros; se niega.*) — Déjame.

CHERNIAK. (*Sin dejar de reír.*) — Vos viejo, entonces. (*Yendo a él con los brazos abiertos.*)

EL VIEJO. (*Se arropa; ni lo mira.*) — Andate.

CHERNIAK. — ¡Je, je, je! Anoche, antes de salir de aquí, nos besamos. Ahora pienso que yo no te besé a vos, (*A Eliseo.*) ni éste a mí (*Por el Viejo*), sino a una cosa que ya no está entre nosotros. Eso que ayer era todo, y ahora es nada. (*Medio mutis.*) ¡Terrible, terrible! (*Con un pie sobre el primer peldaño, casi efusivo.*) Se quedan, ¿no?... Yo, antes de desaparecer, quiero ver, quizás

por última vez, a ese árbol que hay en el centro de la plaza de San Martín. No sé de dónde procede ni cómo se llama. Un árbol. Es el más grande de todos, el más coposo y más verde. Desde su altura celeste mira a los otros, como deben sentir los creyentes que Dios los mira: con todo el cuerpo emocionado de amor, con todas sus hojas. Todos los días, a esta hora, al ir al periódico, me detenía a contemplarlo; me había acostumbrado a verle y hasta a creer que a mí también me miraba. ¡Je, je, je! En el fondo, no soy más que un pobre judío mesiánico. (*Manotea, gesticula, trepa hacia la calle a saltos.*) ¡Es terrible, terrible!

Breve pausa silenciosa.

EL VIEJO. (*Se yergue, ya rehecho.*) — ¡Ah, ah, ah! Yo no adoro a ningún dios, pero creo en todos los ángeles. Ya ha de ser la hora en que empiezan a pasar los chiquitos a la escuela. Quiero verlos todavía. (*Medio mutis.*) ¿Te quedas?...

ELISEO. (*Que ha estado mirando al piso.*) — ¿Yo?... Sí... (*Sonríe, triste.*) Yo no tengo urgencia de ver o despedirme de nadie. (*Yendo a la mesa.*) Voy a destruir unos papeles antes de irme.

EL VIEJO. — ¡Ah, ah, ah! Será, entonces... (*Lo mira enternecido y largamente.*) hasta que nos encontremos. (*Se va.*)

Eliseo abre cajones; saca y rompe papeles. Después mira al vacío; echa la cara en las manos; cierra los ojos. Susana baja, como a una cita de amor, conteniendo su emoción, sin hacer ruido.

SUSANA. — Eliseo.

ELISEO. (*Se sobresalta, se para.*) — ¿Vos?... ¡Susana!

SUSANA. (*Desilusionada.*) — ¿No me esperabas?...

ELISEO. (*Tarda en responder, sin voz, con el gesto.*) — No te esperaba.

SUSANA. — Cherniak, al que hallé en la esquina, me dijo que me esperabas. Y un viejecito que salía cuando yo entré, me repitió lo mismo: la está esperando. (*Lagrimea.*) ¿Y vos no me esperabas?...

ELISEO. (*Vencido, entregado todo en su confesión.*) — No te esperaba.

SUSANA. (*Lo abraza; llora en su pecho.*) — ¡Ingrato! ¡Ingrato mío! Yo te busco desde anoche. Desde que supe que podías necesitarme. Caer preso, herido, muerto... ¡Y vos no me esperabas!

ELISEO. — Es que no te conocía.

FINAL DEL TERCER ACTO

Cuarto Acto

La sala de Misia Veva, transformada, ahora, en refugio de Eliseo. Susana lo ubicó allí, hurtándolo a la prisión o al desamparo. Su presencia y sus quehaceres han sido como una cuña o un empujón entre las cosas que antes la decoraban. Las sillitas enfundadas han ido a parar a las laterales, donde se despatarran bajo el peso de los libros y revistas. La mesa de la carpeta con moños, ya no tiene ésta ni está en el centro, sino en el ángulo de la derecha, sosteniendo la cacharrería de tomar mate. En las paredes hay colecciones de manifiestos y periódicos. De la araña pende el hilo de una lámpara de pantalla verde, que está sobre el escritorio, que es el mismo que él tenía en su desván, con todos sus útiles de trabajo. Y el sofá con su almohadón reluciente está arrinconado en la izquierda. En su sitio hay una cama que la noche de este día no se ha ocupado.

Es primavera. La mañana se está bañando en un chorro de agua que se oye caer por ahí cerca. Son las salpicaduras rosadas de su júbilo carnal las que, filtrando las celosías y las rendijas, iluminan la sala.

ELISEO. (*Aparece sentado a su escritorio, de cara al público, deletreando unas carillas que, evidentemente, no le gustan. Tacha, y relee; pero, tampoco es eso; las deja. Vaga la vista en torno; ve la luz del día y apaga la de su lámpara. Y, con gesto de desolada impotencia, se alza y, tratando de no hacer ruido, va a tirarse a la cama; cuando ya está al borde de ella, mira al sofá y ve al Linyera, que le sonríe.*) — ¡Ah! ¿Estaba despierto usted?... Ya le dije que ahí no iba a poder dormir. ¿Por qué no ocupó mi cama?...

EL LINYERA. (*Está hecho un arco, boca arriba; los pies, de que sólo se ha quitado las alpargatas, profanan el almohadón del león o el perro; la cabeza en el otro extremo, sobre su saco plegado; medio lo cubre la carpeta de los moños. Sin duda que estaba incómodo, porque cambia de postura, dándole el frente.*) — No es la cama, sino el sueño que hace falta para dormir. Y todavía más que éste: sentir que los que están cerca de uno también duermen.

ELISEO. (*Yendo a preparar el mate.*) — Caramba. Entonces he sido yo que lo ha desvelado.

EL LINYERA. (*Se despereza.*) — No. Ni vos ni nadie. (*Se ríe.*) ¡Epa! Disculpe. Lo he manoseao.

ELISEO. — Está bien. Tutéeme, si le agrada.

EL LINYERA. — Es que, ¿sabés?... Hay cosas que no se pueden contar si no es de che a che. Bueno, pues. Ni vos ni nadie, decía. Este desvelo se me apareció en el sueño como un celaje en el borde de una nube. Fué, porque al irme a dormir, te vi a vos disponerte pal trabajo. Me soslayó entre las cejas el recuerdo de un quintero amigo mío, tan apegado a su tierra, que suele salir de noche a romperla y a sembrarla con la azada en una mano y un farolito en la otra. Como si, en vez de semillas, sembrara luces. Yo me acordé de él al verte. Y ya no pude dormirme. ¡Qué se yo! Sentí llenárseme el cuerpo de claridades y de upas. (*Se aupa, manoteando sus alpargatas.*) ¿Y?... (*Con curiosidad alegre.*) ¿Qué tal te salió a vos eso?...

ELISEO. (*Con disgusto.*) — Mal. No sirve.

EL LINYERA. — ¿De qué se trata?...

ELISEO. — Un volante para el mitin del domingo. Una carilla, y me salen diez. Cosa tan fácil llamar a los hombres desde uno mismo, y tan difícil llamarlos desde un papel. (*Va al ventanal.*) ¿Abro?...

EL LINYERA. (*Por parecerle ociosa la pregunta, no la contesta; abullona el almohadón, que coloca al otro extremo.*) — ¡ Chá ! Lo que dirá tu patrona si se entera cómo le he tratao anoche su almohadoncito. (*Eliseo no abre; vuelve al mate.*) A lo mejor no comprende que los que andamos a pata, lo que tenemos que cuidar son éstas, no la cabeza. Y, a propósito de andar: No has de poder escribir porque, pa nosotros, el tiempo es también distancia. Seis meses, entre vos, aquí, encerrao, y esta gente ciudadana que camina sobre ruedas, separan mucho. Vas a tener que alcanzarlos, si querés hacerte oír.

ELISEO. (*Dándole el mate.*) — No. No es eso. ¿Conoce usted esos candados que sólo se abren poniendo a la vista una determinada palabra?... Dentro de ellos, como en nuestra memoria, están las letras con que pueden componerse los más absurdos nombres o los más bellos. Puede usted hacerles decir cielo o cárcel, niño o crimen. Pero si no corresponden a su secreto mecánico, que es la verdad de su vida, el candadito no se abre; para él todas son mentiras. Mi secreto, en este caso, es la libertad. (*Y le vuelve a preguntar.*) ¿Abro?...

EL LINYERA. — ¿Qué?... ¡ Pero hombre ! Por mí arrancá la ventana.

ELISEO. (*Abre y se asoma.*) — ¡ Ah, la luz, el aire, el cielo ! (*Se extasía un instante; después se vuelve a El Linyera que ceba mate.*) ¡ Están pintando mi casa ! (*Vuelto otra vez a la calle, da, a voces, esta, para él, gran noticia.*) Y Daniel, nuestro chofer, trae flores para mamá ! ¡ Han de ser de la quinta ! (*Emocionado, se retira; cierra, pasea.*) Y usted, ¿por dónde ha andado?...

EL LINYERA. (*Ríe.*) — ¿Yo?... Ahí tenés otro candao, cuyo secreto pa abrirlo tampoco yo me acuerdo. A campo, a monte, a río.

ELISEO. (*Entusiasta.*) — ¡ Sintiéndose agua y árbol y fiera bajo los astros ! ¡ Libre !

EL LINYERA. — ¡ Cha ! (*Displicente.*) Te regalo eso, y la mar con todos sus pescaditos, por un rato pasao entre compañeros.

(*Pausa.*) Pero, ¿vos estuviste aquí siempre?... ¿No salías ni de noche?...

ELISEO. (*Rencoroso.*) — ¡ Ni de noche ! Susana veía pesquisas hasta en la sopa. Me acobardó con sus miedos. ¿No se dió cuenta?... Si usted no me da permiso para abrir esa ventana, yo no me asomo. La libertad es también una gimnasia. Desgraciado aquel que no alza cada vez más pesos de esclavitud. Terminará, como yo, por no poder escribirla ni en un volante !

EL LINYERA. (*Le da un mate y lo palmea.*) — Y, bueno, hermano. Esta ya la traspasamos. A vivir, aura; hasta la otra.

ELISEO. (*Se calma; explica.*) — Volviendo a lo del candado. El hombre es un misterio que sólo se abre de afuera. Lo que yo quiero decir, quizás ahora mismo vibra en algún rayo de sol; o se condensa en las nubes, y me será revelado bajo una lluvia; o me saltará a la cara del fondo de una canción o de un llanto; o lo veré sobre un muerto o sobre un recién nacido: No sé. Y no lo podré saber mientras no viva la libertad. ¡ Mi libertad !

EL LINYERA. — ¡ Epa ! ¡ Loco ! No digás esa palabra tantas veces. A ver si te oyen y vuelven a decretar el estao de sitio. (*Y como en ese instante golpean izquierda, ríe alto.*) ¿A que te oyeron?...

ELISEO. — ¡ Ah, por fin ! ¡ Cherniak y El Viejo ! (*Y va a abrir, contento.*)

SUSANA. (*Desde fuera.*) — ¡ Arriba, dormiloncito !

EL LINYERA. — ¿Quién es?...

ELISEO. (*Desencantado.*) — Ah, no. Es Susana.

EL LINYERA. — ¡ La ley marcial ! Via'darme un chapuzón en tu baño, antes que nos afusilen. (*Toma su saco y hace mutis por la derecha.*) Por aquí, ¿no?...

ELISEO. — Sí, por ahí. (*Y sin urgencia ya, a pesar de que ella, aporreando la puerta, lo llama, abre.*) Pasá, querida.

SUSANA. (*Vestida para la calle. Lo besa; luego le toma las manos como para una ronda infantil.*) — ¡ Libre ! ¡ Libre ! No he pegado los ojos pensando en esta aurora. ¿Y vos?... Ya estás vestido también. ¡ Pronto ! (*Pero ve la cama intacta.*) ¿Qué?... ¿No te has acostado?... (*Con falso enojo, echándose atrás.*) ¡ Esta es una traición, compañero ! ¡ El primer día de su libertad usted me traiciona !

ELISEO. (*Va a su escritorio y empieza a romper lo escrito.*) — Estuve escribiendo...

SUSANA. (*En el mismo tono.*) — Por lo mismo: ¡ traición, trai-

ción! Y de la que es usted la primera víctima. ¿Ve?... Lo que ha escrito no le gusta, porque yo no he estado aquí, a su lado, como siempre. (*Y como él, después de rotas las carillas, empieza a pasearse.*) ¿Esperás a alguien?...

ELISEO. — A Cherniak y El Viejo. (*Con fastidio.*) Me están robando el tiempo. Anoche quedamos en que hoy, a primera hora, vendrían a decirme de un local para las reuniones. Y ya ves: ¡no llegan! (*La mira y recién la ve en traje de calle.*) ¡Oh! ¡Qué linda estás!

SUSANA. (*Alegre, coqueta.*) — ¿Te gusta?...

ELISEO. — Mucho. ¿A dónde vas tan linda?...

SUSANA. (*Se queda mirándolo con doloroso asombro.*) — ¡Eliseo!... (*Ríe, al fin, forzadamente.*) ¿Qué me preguntas?... ¿Ya no te acuerdas?... Lo primero que haríamos el día de tu libertad era esto: salir los dos a comprar esas cositas para nosotros: tu ropa, la mía, los muebles. Anoche mismo quedamos en que hoy... (*Pausa: él se acuerda; baja el rostro, avergonzado; ella, que iba, quizás, a llorar, le sonríe.*) Tendrás algún compromiso, claro. ¡Y bueno! Iremos mañana, entonces. (*Medio mutis.*)

ELISEO. (*La detiene.*) — Compromiso, no, precisamente. Pero... eso es: mañana, ¿eh?... Hoy, hoy, yo, ¿sabes?... Necesito andar, sentirme libre; oír el fragor de la calle; ver la gente; pero no desde el ángulo de mis sentimientos familares y afectivos; eso es todavía prisión; sino desde... desde... (*No halla la palabra y se impacienta.*) ¿Ves?... Otra vez la impotencia de expresarme. ¡Es este encierro!

SUSANA. (*Sonriéndole.*) — Pero si ya lo has dicho: ¡desde tu libertad!

ELISEO. (*Maravillado.*) — ¡Justo! Cuando despache con esos, me voy a tomar un ómnibus, el que me lleve más lejos, más fuera de Buenos Aires. ¡Ah, si después de este sol, que ya siento comezonearme en los poros, al llegar yo allá, donde empieza el campo, empezara también a llover!

SUSANA. (*Siempre sonriéndole.*) — Pero no te mojés mucho, porque no tenés más traje que ese, que te he planchado yo, y hay que presentarse elegante a la mamá... ¿O es que también te olvidaste?... Esta noche cenamos con ella.

ELISEO. (*Cae de la luna.*) — ¿Con mamá?... ¿Esta noche?... ¡Oh!...

SUSANA. — Y sí. Nos lo pidió. Lo quiere. Y se lo hemos prometido. Todavía ayer, cuando nos envió el dinero para esas compras nuestras, me lo hizo repetir terminantemente: la señora los espera a cenar mañana. ¡Y mamá está tan contenta! No ha dormido tampoco ella pensando que hoy iba a arreglar con la tuya todo lo referente a nuestra boda. ¡Mi pobre vieja!

ELISEO. (*Pasea, nervioso.*) — ¡Claro! Habrá que ir, no más. ¡Qué contratiempo! Y yo que les prometí a unos compañeros ir, no sé dónde, pero lejos de aquí, a la orilla del río, a cenar con ellos... No es por la cena, sino por el panorama: ¡ver pasar barcos; irse a la gente! Y por las cosas de que hay que hablar también. Mil asuntos. Tenemos que organizarlo de nuevo todo; distribuirnos el trabajo; organizar la correspondencia; planear las jiras. En fin, un mundo, ¿comprendes?

SUSANA. (*Comprensiva.*) — Comprendo, sí. Nuestro mundo.

ELISEO. (*Se detiene, violento.*) — ¡Y ya no va a poder ser! Resulta que ahora estoy como esos pajaritos cazados con liga: aleteando, pero preso. ¡Esto no es la libertad!

SUSANA. (*Baja el rostro y, tras una fugaz pausa, aparece otra vez valerosa.*) — ¡Y bueno! No te impacientes. Iremos también mañana. Yo buscaré una disculpa.

ELISEO. (*Vuelve a pasearse.*) — Por lo demás, no te creas que mamá va a tomarlo a la tremenda. Ya sabés qué soy para ella: un loquito, un distraído.

SUSANA. (*Grave, ahora, reprensiva.*) — ¡Eliseo! Eso es ya pretender justificarte. Y no hace falta. Yo te comprendo y te apruebo. Hoy, para nadie; ¿verdad?... ¿Para vos sólo?...

ELISEO. (*La abraza, conmovido.*) — ¡Susana! ¡Querida mía! ¡Para vos siempre! ¡Siempre!

SUSANA. (*A los ojos.*) — ¿Sí?...

ELISEO. (*Como si lo jurara.*) — ¡Compañera!

SUSANA. (*En el mismo tono.*) — ¡Compañero! (*Y sellan eso, que está, ahora, más allá de su amor, con un apretón de manos.*)

ELISEO. (*Cuando ella va a hacer mutis.*) — ¿Te vas?...

SUSANA. — Y sí. A quitarme estos trapos. (*Sale.*)

ELISEO. (*La mira irse, iba tal vez a seguirle, cuando*)

EL LINYERA. (*Le grita.*) — ¡Cha! ¡Qué lindo es bañarse! Después de un baño aparece uno en la vida como pisando en una barranca. (*Busca el sombrero, que se pone.*) ¿Vamos?...

ELISEO. (*Ya olvidado de Susana, vuelve a ser poseído por su urgencia.*) — ¡Esto es una informalidad!

EL LINYERA. — ¿Qué?... ¿Bañarse?...

ELISEO. (*Empieza a pasear nervioso.*) — ¡Prometer y no cum-

plir! Hablo de Cherniak y El Viejo. Vos los oísteis: ¡a primera hora aquí!

EL LINYERA. — Y, che. Es el primer día de libertad. ¿Vamos?...

ELISEO. — ¡Oh! ¡No los espero más! Vamos. (*Llega a la puerta y se vuelve.*) Es que tengo que esperarlos. (*Desesperado.*) ¡No puedo irme!

EL LINYERA. — ¡Hombre! Los verás luego.

ELISEO. — Ya sé. No es por ellos ni el local. ¡Es que no puedo! No sé por qué, pero... (*Se sienta resueltamente.*) ¡Yo me quedo!

El Linyera le mira extrañado. Por izquierda aparecen Cherniak y El Viejo. Aquél más raído de ropas que antes, y con su risita, ya no mordaz, sino francamente agresiva. Éste elegante, rasurado, primaveral de indumentaria y de físico.

ELISEO. (*Los recibe a cascotazos.*) — Ya era tiempo, ¿eh?... (*Se para.*)

EL VIEJO. — ¿Qué te pasa?... (*A El Linyera.*) ¿Qué tal, muchacho?...

CHERNIAK. (*Lo mira, irónico.*) — ¡Je, je, je! (*Echando un montón de cartas sobre la mesa.*) Fuimos primero por la correspondencia.

El Viejo aprovecha cualquier vidrio para darle unos toques a su corbata y chambergo. El Linyera va a curiosear por el ventanal, la calle.

ELISEO. (*A Cherniak.*) — No habíamos quedado en eso, sin embargo.

CHERNIAK. (*Que ha empezado a romper sobres y leer cartas.*) — Estás apurado por irte a vagabundear. No concibes más urgencias que las de tu libertad. Te comprendo. Eso viene de tu origen. Crees también que nuestra vida — la nuestra, ¡eh! — se toma como he visto, ahora mismo, a tu mamá tomar su coche. Pero, no. Antes hay que pensar si tenemos plata. (*A todos.*) ¿Quién tiene plata?...

ELISEO. — ¿Plata?... Yo, no. ¿Para qué?...

EL LINYERA. — ¡A mí regístreme, agente!

CHERNIAK. (*A Eliseo.*) — ¿Con que vos no tenés plata?... (*Ríe; sabe que tiene.*) ¡Es terrible, terrible! Precisamos plata. El propietario del sótano no quiere saber de fianzas. ¡Plata! Ni el de la imprenta, ni el de los muebles, tampoco. ¡Plata! ¡Precisamos plata!

EL VIEJO. (*Contento de su elegancia.*) — ¡Ah, ah, ah! (*Vuelto a ellos.*) ¿Saben dónde he estado yo todo este tiempo?... En la quinta de mi hermano, el rico. Me alojó a lo príncipe. Con decirles que hasta tenía un yacht para pasear por el río. Y biblioteca y estufa y caballos y autos, y, ya me ven, (*mostrándose*) un sastre regularcito... Con esto más todavía: la efusión de un gran abrazo que me daba él todas las mañanas, mientras me preguntaba enternecido: ¿Te sirven bien?... ¿Qué te falta?... ¿Tenés algún caprichito?... Al principio, y nada más que por darle el contramoquillo, se me ocurrían cosas: revistas europeas, frutas de otra estación, licores raros. ¡Pero, amigo! El tipo parecía un mago. Días más, semanas menos, allí aparecía todo. ¡Todo! Al mes de estas escaramuzas de dame y toma, tuve que confesarme a mí mismo que no me faltaba nada. ¡Nada! (*Los mira, y después se afila la raya del pantalón.*) ¡Ah, ah, ah! Y fué de ahí para adelante que empecé a sentir qué me faltaba...

ELISEO. — ¡Claro! ¡La libertad!

EL VIEJO. — No, muchacho. La libertad se espera. La libertad se trabaja. Algo menos noble, pero más urgente.

CHERNIAK. (*Leyendo cartas.*) — ¡Plata! ¡Precisamos plata!

EL VIEJO. — ¡Ah, ah, ah! Justamente: vos lo has dicho. Me faltaba plata. Y se lo dije. Y se la pedí. Y a esto iba: aquel hermanito mío que se gastaba un platal en agasajarme, lo único que me negó, cinco meses, día a día, fué eso: plata. Se me cerró en banda, como si le pidiera el honor. — ¡Ah, no, querido! ¡Plata, no! —. Y aquí me tienen ustedes, mejorcito de la vida y de pelecha nueva, pero sin plata.

EL LINYERA. — Iguales son las fortunas de un matrimonio moreno. (*A carcajadas.*)

CHERNIAK. — ¡Plata! (*Agresivo.*) Precisamos plata; pero no para nosotros; ¡para la obra!

ELISEO. (*Que, después de la interrupción a El Viejo, se ha quedado pensativo, alza el rostro, señoreando un suave hallazgo.*) — ¡Qué cosa! Resulta que yo soy un religioso... (*Y ante la extrañeza de ellos.*) Sí. Religioso, en lo que esto significa sentir antes que pensar... ¿Saben cómo me he sentido yo el primer día de mi libertad?... Más inútil y preso que nunca. Anoche no pude escribir. Me conformé pensando que era este encierro. Y así sería. Pero es el caso que después tampoco podía irme. En vano fué que Susana me relevara de mis compromisos con ella y mi madre. No podía. Sentía que no iba a poder mirar con altivez a la vida; que

ésta me estaba esperando para acusarme de algo que no sabía, y ahora sé. ¡De tener plata! Porque yo tengo plata. Una plata que ayer nos mandó mamá. ¡Vos lo sabías, Cherniak! (*Reprochándole.*)

CHERNIAK. (*Impasible.*) — No era yo, sino ustedes, Susana y vos, que debían disponer de esa plata. Era para casarse. (*Ríe.*)

ELISEO (*indignado*). — ¡Cherniak! No echés encima sarcasmos. Lo que urge no es casarse, sino luchar. Se precisaba plata, y yo la tenía. ¡Por eso no podía irme! (*Sale izquierda llamando.*) ¡Susana! ¡Susana! (*Pausa. Cherniak sonríe. El Linyera y El Viejo quedan cabizbajos.*)

CHERNIAK (*al Viejo*). — ¡Je, je, je! ¿En qué pensás, vos, ahora?... ¿En tu hermano?...

EL VIEJO. — ¡Ah, ah, ah! ¡Cómo me había envilecido! ¡Hasta quería tener plata!

EL LINYERA. — ¡Compañeros! (*Abre los brazos.*) Yo también soy religioso. Debe ser el mundo en que ando, abierto a todos los huracanes. No sé. Pero, cuando silba el viento, viborean los refusilos y se cierra la tormenta sobre algún árbol en que una avecita tiene o está por hacer su casa, el corazón se me achica, y pateo para otro lado. ¡Qué se yo! Me parece que no hay nadie, ni arriba ni abajo, ni dios ni ideal, que tenga razón o derecho a tocar, ni una ramita siquiera de esos refugios de amor... ¡Aquí va a romperse un nido, y yo no quiero ver eso; no puedo! ¡Me voy! (*Sale por izquierda.*)

CHERNIAK. — ¡Je, je, je! Dos religiones opuestas. La eterna cosa. La ciudad y el campo. ¡Terrible, terrible!

EL VIEJO (*furioso*). — Aquí lo único terrible que hay es la plata. ¡Si no hubiera plata!... Y, bueno. ¿Qué hacemos aquí nosotros?... Yo también me voy. (*Medio mutis.*)

CHERNIAK (*severo*). — ¡No! Parate. Esperá la plata. ¿No querías plata? Vos que vas a ser el conserje tendrás que pagar el alquiler, comprar las cosas; tener la plata.

EL VIEJO (*dado al diablo*). — ¡Eh, che! ¡Basta! ¡No digás más; plata, plata! ¡Sos de una severidad implacable!

CHERNIAK (*se endereza y estalla toda la furia que traía oculta*). — ¡Sí! ¡Implacable! Pero mi severidad ha sido primero conmigo mismo. Yo no vengo de una quinta, ni de entre los brazos de una mujer, ni de la libertad bajo los astros. Yo vengo de la cárcel. ¡Soy la miseria, el desamparo, el dolor! (*El Viejo baja la cara: él se sienta y continúa su tarea.*)

EL VIEJO (*mirándolo derecho*). — Y sí: Cherniak. Tenés razón. Vos caiste peleando. (*Avanza hasta enfrentarlo.*) ¡No lo haré más, compañero! (*Pausa. Silencio.*)

SUSANA (*desde afuera, a voces*). — ¡Tu sombrero, Eliseo! ¡Te vas sin sombrero!

CHERNIAK. — ¡Je, je, je!

SUSANA (*tras breve pausa, por izquierda, vestida de entrecasa. Trae el sombrero de él y la cartera de ella. Cordial*). — Buen día. Se ha ido hasta sin sombrero. (*Lo deja por ahí.*)

EL VIEJO. — ¡Ah, ah, ah! Se habrá vuelto también sin-sombrerista. Pero, despachemos rápido. ¿Qué hay?...

SUSANA (*saca la plata*). — Aquí está.

CHERNIAK (*toma carilla y papel y va a hacer números*). — Hay que pagar tres meses adelantados: setecientos cincuenta; el anticipo a la imprenta: doscientos más; ahora, la mesa, los bancos, una cama, la biblioteca...

SUSANA (*sonriendo*). — Por lo mismo, Cherniak. Aquí está todo. ¿Quién los lleva?...

EL VIEJO. — Yo. (*Toma el dinero.*) Esta es mi penitencia. Llevar la plata. (*A Cherniak.*) ¿Te quedás vos?...

CHERNIAK (*que miraba a Susana*). — Sí. Aquí (*por las cartas leídas*) hay un asunto todavía más importante que el de la plata. (*Ríe.*) Los compañeros del Sur han planeado una gran jira...

EL VIEJO. — ¡Ah, ah, ah! Muy bien por ellos. Hasta la vista, muchacha. (*Sale; ella le acompaña.*)

CHERNIAK. (*Suspende el trabajo; piensa un instante y empieza a observar la mesa minuciosamente; se alza y va a hacer lo mismo con la cama; parece que fuera a comprarlas.*)

SUSANA (*lo halla en esa*). — ¿Qué está mirando, Cherniak?...

CHERNIAK (*va a sentarse*). — Estaba calculando que podíamos economizarnos unos cuantos pesos. Esta mesa, podía llevarse al local. Y esta cama también, para El Viejo...

SUSANA. — Pero... (*Se apoya en algo.*) ¿Y Eliseo?...

CHERNIAK (*severo*). — Eliseo tiene que salir en jira.

SUSANA. — ¿Él?... ¿Por qué él tan luego?... ¿No hay otro?...

CHERNIAK (*ríe, maligno*). — Habría. Pero quieren a Eliseo. No lo conocen más que de nombre. Y nuestras cosas padecen también de un poco de sensacionalismo. ¿Comprende?... La juventud goza de más prestigio. Aunque corte menos, relampaguea más. ¡Herramienta nueva! ¡Je, je, je! (*Ella baja el rostro; va a llorar; él la espía ansioso.*) ¿Qué?... ¿No está de acuerdo?... ¿No lo com-

prende así?... (*Sin mirarlo, ella asiente.*) ¿Pero usted sufre?... ¡Lo comprende, pero sufre!

SUSANA. — ¿Y quién ha dicho que comprender signifique no sufrir?... (*Se yergue.*) Voy a preparar sus cosas; las más precisas. Las otras se las enviaré por encomienda. (*Medio mutis.*)

CHERNIAK. — Oh, hay tiempo. Él no saldrá hasta mañana.

SUSANA. — Llevéselas usted. Que se vaya sin verme. Entreténganlo por ahí.

CHERNIAK (*sonríe*). — Eso no será difícil.

SUSANA. — Ya sé. (*Y va a irse.*)

CHERNIAK (*rápido, como si manoteara un ratón que se le escapa*). — ¡Susana! Es que partir, como partimos nosotros, a través del pueblo, es no saber cuando se regresa. Es vivir para adelante...

SUSANA (*quema sus naves*). — Ya sé, Cherniak. Ya sé todo. Y por eso le digo: no quiero verlo. Es mejor para mí. Y, sobre todo, es mejor para aquello que, ahora, yo amo también. (*Vase.*)

CHERNIAK (*la mira irse, conmovido*). — ¡Terrible! ¡terrible! (*Pero, en seguida, sonríe, escéptico.*) ¡Je, je, je! (*Retoma su tarea; pasa una o dos cartas más; cuando va a hacer lo mismo con otra se sobresalta al verla.*) ¡Oh! (*La toma y, temblándole las manos, rompe el sobre del que extrae un retrato que contempla emocionado y besa. Se limpia los ojos, que lloran, y lee un papel que acompaña a la fotografía. Grita.*) ¡Ah, no! ¡Vos, hijito mío, no! (*Cae de bruces sobre la mesa, llorando.*) ¡Pobrecita!

SUSANA (*vuelve con un maletín de viaje; al verlo corre a asistirlo*). — ¡Cherniak! ¿Qué tiene?...

CHERNIAK. (*Sin pudor de sus lágrimas, le entrega el retrato. Se alza y pasea.*)

SUSANA (*suspira*). — ¡Ah! Su esposa y su hijo, ¿verdad?... ¿Llora usted de alegría?... Lo felicito, Cherniak. Entra usted en la libertad bajo un hermoso augurio.

CHERNIAK (*la cabeza sobre el hombro; resuelto a morir matando*). — Mi mujer y mi hijo... Mi mujer que, hace 15 años, era como usted de bella y generosa y sufrida. ¡Véala, ahora! Las sienes, grises; desgarrada la boca; los ojos en un desvarío de angustia!

SUSANA (*triunfal*). — Pero, ¡tiene al hijo!

CHERNIAK (*amargo*). — Tiene al hijo... Mire esa mano, que era una flor de tierna cuando, al partir yo, me enviaba besos. ¡Mírela, ahora! Es una garra clavada sobre el hombro del niño. ¡No lo acaricia, no lo ampara, no lo muestra! ¡Lo sujeta, lo esconde, lo arrastra, como si quisiera volverlo a sus entrañas!

SUSANA. — ¡Porque es su hijo! ¡Porque es su hijo!

CHERNIAK (*desarrugando el papel que había estrujado*). — Y oiga qué dicen estos cuatro garabatos. Son del hijo. — Papá: yo quiero irme de aquí. A caminar y luchar. ¡Como vos! — ¡Ah! ¡Es terrible, terrible!

SUSANA (*grita ahora; eso es más de lo que puede*). — ¡Ah, no! ¡El hijo, no! ¡El hijo es mío!

CHERNIAK (*se inmoviliza ante la inesperada revelación*). — ¿Qué?... ¿Qué ha dicho?... ¿Acaso, usted?... (*Ella llora y afirma con la cabeza.*) ¡Susana! ¡Mujer! ¡Perdón! (*Se humilla hasta arrodillarse.*) ¡En usted pido perdón a todas las madres! ¡Y piedad para ellas a todos los hijos!

SUSANA (*rehecha, a través de sus lágrimas, vibrante*). — ¿Qué hace, Cherniak?... ¡Compañero! (*Lo alza en la voz, como en un látigo.*) ¡Yo lo sabía; yo lo quise! ¡Lo aprendí de él; de ustedes! ¡Ahora, coraje!

CHERNIAK. — ¿Y si él no vuelve?...

SUSANA. — ¡Si él no vuelve, marchará tras él el hijo! ¡A luchar por lo que él lucha!

CHERNIAK (*arrobado, místico*). — ¡Compañera de los hombres! ¡Compañerita!

FINAL DE LA OBRA